

**4. LA OBRA Y EL MÉTODO DE MAQUIAVELO:  
UNA TEORÍA DE Y PARA LA ACCIÓN POLÍTICA \***

ANTONIO TORRES DEL MORAL

Catedrático de Derecho Político

UNED

---

\* Este trabajo es el capítulo primero del libro *La Teoría Política bajo el Estado moderno: el problema del método*, que espera ver la luz próximamente.

## SUMARIO

I.—EL CONTEXTO DE LA OBRA DE MAQUIAVELO. 1. *El tránsito a la modernidad*. 2. *Maquiavelo y el humanismo*. 3. *La situación italiana entre los siglos XV y XVI*. 4. *Maquiavelo se desentiende de importantes problemas de su tiempo*. II.—LA OBRA POLÍTICA MAQUIAVELIANA. 1. *El Príncipe*. 2. *Discursos sobre la Primera Década de Tito Livio*. 3. *Historias Florentinas*. 4. *La unidad de la obra y su actitud metodológica*. III.—LA HISTORIA SEGÚN MAQUIAVELO. 1. *El azar y la invariabilidad de la naturaleza*. 2. *Fijismo y cambio*. 3. *Historia profana, ejemplar, pedagógica, prudente y retórica*. IV.—INICIO DE LA CIENCIA POLÍTICA: REFLEXIÓN POLÍTICA CONCRETA Y PESIMISMO ANTROPOLÓGICO. V.—BÚSQUEDA DE UNA TEORÍA DE Y PARA LA ACCIÓN POLÍTICA. 1. *Carácter nodal del capítulo XXV de El Príncipe*. 2. *La fortuna*. 3. *La virtù*. 4. *Dialéctica virtù-fortuna: la ocasión*. 5. *El fin y los medios: la necesidad*. VI.—DE LA CONSTRUCCIÓN DE UN MODELO IDEAL DE PRÍNCIPE AL IDEALISMO. 1. *Modelos y antimodelos históricos y coetáneos*. 2. *Concepción autónoma y retórica de la política*. 3. *Modelo ideal, voluntarismo e idealismo*. VII.—TEORÍA POLÍTICA DE LA SOCIEDAD Y TEORÍA SOCIOLÓGICA DEL ESTADO. 1. *La sociedad política y el Estado como creación del príncipe*. 2. *El Estado y el orden. Concepción organicista del Estado*. 3. *La religión como instrumento político*. 4. *La sociedad conflictual*. 5. *Teoría sociológica de las formas políticas. Los principios de los gobiernos*.

#### 4. LA OBRA Y EL MÉTODO DE MAQUIAVELO: UNA TEORÍA DE Y PARA LA ACCIÓN POLÍTICA

POR

ANTONIO TORRES DEL MORAL

Catedrático de Derecho Político

UNED

##### I. EL CONTEXTO DE LA OBRA DE MAQUIAVELO

###### 1. El tránsito a la modernidad

El Renacimiento significó la asunción de la civilización grecorromana como espíritu y como profunda inmersión de la mente en su arte, en su naturalismo, en su paganismo, en su despreocupación licenciosa, en su humanismo. Rafael, como recuerda Orestes FERRERA, pinta como Purísima a su amante y los clérigos que pagaban su arte lo aceptaban sin escrúpulo<sup>1</sup>. El hombre se sitúa en el centro del mundo, de lo existente. Miguel Ángel Soslaya la pintura de paisajes campestres y urbanos y se dedica a pintar y esculpir el cuerpo humano.

De otro lado, como dice J. A. MARAVALL, no hay manera de entender al hombre de la modernidad sin entender el Estado. «En el Estado se proyecta la mentalidad moderna y, a su vez, ésta viene configurada en gran parte por el Estado... La misma economía renacentista es imposible de entender sin contar con el factor de la política estatal»<sup>2</sup>.

El mercado se amplió prodigiosamente, aun antes de la aventura americana, gracias a la facilidad de las comunicaciones. Las rentas fijas y

---

<sup>1</sup> O. FERRERA: *Maquiavelo. La vida, las obras, la fama*. Valencia-Madrid, s.f., págs. 164-165.

<sup>2</sup> J. A. MARAVALL: *Estado moderno y mentalidad social*, Madrid 1972, vol. I, pág. 13.

los mercados monopolizados de antaño dieron paso al mercado de iniciativa y pluralizado. Conscientes de su importancia, los gobiernos monárquicos del siglo xvi adoptaron una política de explotación de los recursos nacionales y de fomento del comercio interior y exterior. Como dice SABINE, por primera vez desde la caída de Roma, la sociedad europea tenía una clase considerable de hombres con dinero y espíritu de empresa, los burgueses, cuyos intereses chocaban con los privilegios de la nobleza feudal, a la que no podían desbancar de los Parlamentos. Por eso preferían un poder fuerte y concentrado en el Rey <sup>3</sup>.

Las instituciones universales del Medioevo —la Iglesia, y el Imperio— pierden autoridad y prestigio. Aunque Italia presenta una faz distinta y ésta es una de las claves de nuestro estudio, la unidad política de los Estados nacionales se iba consiguiendo en Francia, en Inglaterra, en España, donde el poder político del monarca se proyectó incluso sobre la Iglesia, en el nombramiento de cuyos cargos se procuraba un buen margen de posibilidades. La autoridad jurídica temporal de la Iglesia terminó por desaparecer <sup>4</sup>.

Resumiendo con DUVERGER los factores de desintegración del mundo medieval, podemos referirnos a los siguientes:

- libertad de contratación y competencia en los mercados;
- búsqueda del beneficio, del éxito económico: moral del éxito;
- humanismo, relativismo, individualismo;
- pluralismo de tendencias;
- sentimiento favorable a la igualdad de derechos;
- libre interpretación (Reforma): libertad de pensamiento <sup>5</sup>.

Aunque Maquiavelo no llegó a ver consumada la Reforma y no pareció reparar en la importancia de la aventura americana, sí estaba empapado de todos los demás fenómenos que hemos anotado. Maquiavelo es moderno y antimoderno. Su ruptura con la Edad Media, con su literatura, con su sueño de una Cristiandad, con su preocupación por la eterni-

---

<sup>3</sup> G. SABINE: *Historia de la Teoría Política*, ed. cast., México 1965, págs. 249-250.

<sup>4</sup> *Ibidem*, págs. 250-251.

<sup>5</sup> M. DUVERGER: *Las dos caras de Occidente*, ed. cast., Barcelona 1972, págs. 42 y ss.

dad, etc., pretende ser completa, aunque puedan detectarse en su obra reminiscencias medievales.

Otros movimientos científico-filosóficos de la época son:

- 1) El inicio de la teoría del pacto, que llegará hasta Rousseau a través de muy diversos autores y formulaciones. Tanto en Savonarola como en Vitoria puede detectarse ya el contractualismo. Otro tanto puede decirse de los **monarcómacos** (Francisco Hotman, Junio Bruto), denominación despectiva que les dio Barclay a los defensores del derecho de resistencia frente al poder regio. El contractualismo de los monarcómacos, sin embargo, apelaba todavía a los pactos feudales de los ordenamientos medievales.
- 2) Se advierte un sesgo subjetivista en el tratamiento de la ley natural, el cual, andando el tiempo, llevará, de un lado, al escepticismo y, de otro, al movimiento revolucionario de los derechos naturales.
- 3) Se detecta una verdadera preocupación por el problema de la **certeza** de los conocimientos. Nicolás de Cusa postula tanto el apoyo en las matemáticas como la recogida empírica de datos y de propiedades naturales, la necesidad de pesar y medir para construir una verdadera ciencia, una ciencia segura. Es, en definitiva, la necesidad de los dos métodos fundamentales: el deductivo de la matemática y el inductivo de las ciencias naturales, no siempre percibidos como distintos, y cuya combinación —de-seada por unos, rechazada por otros— es el problema por excelencia durante, al menos, tres siglos, al cual habremos de referirnos, por eso mismo, reiteradamente en este trabajo.
- 4) Igualmente, se blande la teoría (Savonarola, Bodino) de la influencia del clima y de otros factores naturales en las instituciones sociales y políticas.
- 5) Emergen, en fin, diversas construcciones teóricas de repúblicas perfectas, **modelos ideales** en el sentido weberiano del término. Este procedimiento metodológico, sobre haber sido cultivado perennemente en la historia del pensamiento, adquiere ahora, en época de cambio, un particular relieve, sea la *Utopía* de Tomás MORO, sea *La Ciudad del Sol* de CAMPANELLA, sea la *Nueva Atlántida* de BACON. Más adelante, Altusio, Grocio y Rousseau, cada cual a su modo, seguirán en esta línea, bien para idear una

sociedad perfecta, bien para construir un sistema normativo al modo de la matemática.

Tienen en común la *Utopía* y *La Ciudad del Sol* el repudio a la propiedad privada y la fuerte aspiración a la igualdad. A partir de ahí, una y otra obras especulan sobre este modelo social y las diversas instituciones que le son necesarias para que pueda sostenerse y funcionar dicha **men-tefactura**.

No siempre son coherentes. Pensemos, por ejemplo, en la ausencia de normas en la *Utopía*, dado que los ciudadanos cumplen gozosos sus obligaciones, y, sin embargo, se trata de una sociedad fuertemente jerarquizada, lo que desdice el fundamento igualitario del modelo; nada digamos si llevamos la mirada hasta esa clase de servidores (prisioneros de guerra, extranjeros contratados) que ni siquiera son ciudadanos.

## 2. Maquiavelo y el humanismo

Por lo que al pensamiento y a la política concierne, había en Italia dos actitudes, conocidas respectivamente como humanismo cívico y literario. El **humanismo cívico**, que se había desarrollado en Florencia durante el siglo xiv en medios burgueses, se debilitó en el siglo siguiente; buscaba formar ciudadanos responsables, activos tanto en la vida económica cuanto en la política. El **humanismo literario** se preocupaba más por el arte y el pensamiento clásico, adoptando una actitud pasiva en cuestiones sociales; era el más extendido al final del **Quattrocento**.

Los Médicis se rodearon de humanistas y artistas buscando el prestigio personal y familiar. Los intelectuales devinieron meros cortesanos. Predominaba en ellos netamente el humanismo literario, como el patrocinado por Marsilio Ficino, que se limitaba a la labor de consejo a los magistrados. De signo muy diferente fue el círculo denominado **Jardín de Rucellai**, integrado por intelectuales que, reunidos en torno a dicho anfitrión, se preocupaban por los problemas políticos.

Tras la vuelta de los Médicis en 1512, el Jardín de Rucellai se reactivó en un clima de semioposición a los nuevos dueños de Florencia. Algunos de sus integrantes participaron en la conjura de 1522.

El humanismo de Maquiavelo era cívico, no literario. Para él, lo importante no era el arte sino la política. Como anota G. PREZZOLINI, «deseaba un renacimiento, pero no le bastaba el artístico... Las pinturas de Leonardo

y los versos de Ariosto no bastan; desea el valor de Alejandro y de César»<sup>6</sup>. Pero, aunque eso lo llevaba a conectar con algunos miembros del Jardín de Rucellai y, tiempo después, a dedicarles sus *Discursos sobre la Primera Década de Tito Livio*, Maquiavelo no se comprometió políticamente con ellos y, desde luego, no participó en la conjura mencionada.

Maquiavelo era un humanista cívico, sí, pero no un reformador, menos aún un revolucionario. Le dolía la debilidad de Florencia, pero el trabajo de regeneración era cosa de un príncipe, y el de agitador, de Savonarola.

Este humanismo cívico maquiaveliano es enteramente laico. El secretario florentino no cree en un Dios autor de la naturaleza; ni siquiera discute sobre ello. La vida humana se determina por afectos y fuerzas naturales: amor y odio; ansia de aventura y de venganza; ambición de poder y de gloria; apego a la tradición e inclinación al cambio; vanidad, ingratitud, miedo<sup>7</sup>. En este mundo no tiene cabida ni Dios ni la moral. No muy lejana, aunque quizá más prudente, era la posición de Guicciardini.

### 3. La situación italiana entre los siglos XV y XVI

Italia estaba dividida en pequeños Estados: el Reino de Nápoles, donde todavía era muy fuerte el feudalismo; los Estados Pontificios, centro de todas las intrigas europeas; la República de Venecia; el Ducado de Milán, y la República de Florencia, a los que aún habría que añadir Génova, Ferrara y Bolonia<sup>8</sup>.

Muchos italianos, y Maquiavelo entre ellos, culpaban a la Iglesia de dicha situación, pues era débil para unir Italia, pero lo suficientemente fuerte para impedir que otros lo hicieran, para lo que además, constantemente estaba invitando la intervención extranjera. De ahí las diatribas del florentino contra la Iglesia y su ardiente deseo de un poder político secularizado en Italia<sup>9</sup>.

Pero, a ojos de Maquiavelo, el problema italiano no residía tanto en su división cuanto en el vacío de príncipes, si es que no se trataba de dos caras de la misma realidad. «Todos los ejércitos de Italia se encontraban en manos de príncipejos y aventureros», acusa en *Historias Florentinas*,

---

<sup>6</sup> G. PREZZOLINI: *Maquiavelo*, ed. cast., Barcelona 1968, pág. 77.

<sup>7</sup> *Ibidem*, págs. 44-45.

<sup>8</sup> Cfr. J. BURNHAM: *Los maquiavelistas*, 2.ª ed. cast., Buenos Aires 1953, pág. 42.

<sup>9</sup> Cfr. *Historias Florentinas*, I, 9 y 23.

añadiendo que su obra va a tratar precisamente de esos príncipes holgazanes y cobardes <sup>10</sup>.

El caso es que durante el siglo xv se habían dado importantes pasos hacia la organización estatal. Los príncipes italianos fueron concentrando el poder interviniendo en cada vez más terrenos (economía, cultura...) apoyándose ora en la nobleza, ora en la burguesía. Así sucedió también en Florencia. Pero la **paz italiana** de la segunda mitad del siglo xv era frágil, mero equilibrio de fuerzas que exigió el desarrollo de una actividad diplomática permanente.

En 1494 Italia fue objeto de la invasión extranjera. España y Francia dirimieron sus diferencias y sus ambiciones en la península itálica durante años. En 1527 tuvo lugar el **saco de Roma** por un ejército español. Florencia sufría las consecuencias con una crisis institucional profunda, cambiando frecuentemente de régimen. De 1495 a 1498 Savonarola influyó con sus sermones en las decisiones de la República, convertida en una especie de teocracia.

Desde entonces hasta la vuelta de los Médicis, subsiguiente a la coronación de Juan de Médicis como Papa León X, Florencia es una República débil. Pero es en ella en la que Maquiavelo desarrolla toda su actividad política y diplomática. Los nuevos dueños de Florencia significaron su destitución, encarcelamiento y posterior destierro. Entonces Maquiavelo escribe sobre todo lo que ha visto y vivido: sobre príncipes, sobre el Estado <sup>11</sup>.

#### **4. Maquiavelo se desentiende de importantes problemas de su tiempo**

Maquiavelo comprendió a la perfección la gran importancia de la formación de Estados nacionales en Inglaterra, Francia y España, pero no fue tan permeable a otras manifestaciones de la extraordinaria mutación que se estaba produciendo en su tiempo.

En el terreno militar defendió la liquidación de los ejércitos mercenarios y su sustitución por ejércitos de ciudadanos, pero siguió pensando en la defensa medieval de ciudades amuralladas cuando el desarrollo de la artillería le mermaba mucho de su interés. Percibió el carácter decisivo de la religión como instrumento de gobierno, pero no llegó a cobrar conciencia de la trascendencia que tenía la crisis religiosa que desembocó

---

<sup>10</sup> *Historias Florentinas*, I, 39; cfr. *El Arte de la Guerra*, II, 13.

<sup>11</sup> Cfr. CH. BÉC: *Machiavel*, s.l. (impr. en Poitiers), 1985, págs. 40-1 y 49-55.

en la Reforma <sup>12</sup>. Y ni siquiera mencionó el descubrimiento y conquista del Nuevo Mundo, que modificó el equilibrio de fuerzas europeas y planteó problemas antropológicos, políticos, económicos y teológicos inéditos <sup>13</sup> (Es de anotar que la burguesía sí se interesó rápidamente en el problema americano y que el mismo Guicciardini lo hizo objeto de algunas de sus reflexiones políticas.)

Para Maquiavelo el mundo propiamente dicho sigue siendo sólo Europa. Sin embargo, no se preocupa de la economía, ni de importantes obras de pensamiento de su época, como las de Moro y Erasmo. No deja de ser llamativa una tal ceguera en un espíritu observador y penetrante como el suyo. A Maquiavelo sólo le interesa Italia, o, por mejor decir, el problema político de la unidad italiana.

## II. LA OBRA POLÍTICA MAQUIAVELIANA

La obra política de Maquiavelo no se reduce a *El Príncipe* y los *Discursos* sino que alcanza igualmente a las *Historias Florentinas*, también, en parte, al *Arte de la Guerra* e indudablemente a la *Vida de Castruccio Castracani*, extendiéndose a cartas, informes y documentos de diversa índole. Porque, aunque algunas de estas obras tienen un objeto más histórico que político, ni falta la política en los libros históricos, ni la Historia en los libros políticos. A la postre todos son uno porque la política es histórica y no hay otra Historia interesante para Maquiavelo que la Historia política.

### 1. *El Príncipe*

Dice V. MARCU que durante los tres meses y medio que Maquiavelo permaneció junto a César Borgia (en una intensa actividad diplomática de adversario político) pudo lograr poco para Florencia pero pulsó el corazón latente del poder como nunca lo hiciera ni antes ni después. Y sugiere este mismo autor que fue en aquellos meses finales de 1503 cuando el florentino cobró idea de lo que después serían algunos capítulos de su obra más

---

<sup>12</sup> J. F. DUVERNOY: *Machiavel*, Paris 1986, págs. 137-8.

<sup>13</sup> F. MEINECKE: *La idea de la razón de Estado en la Edad Moderna*, ed. castellana, Madrid 1959, pág. 33.

conocida: cómo y por qué se pierde el poder, cómo se logra y se conserva, cómo se defiende y se agranda el Estado...<sup>14</sup>.

Maquiavelo mencionó por primera vez esta obra en 1513, en carta dirigida a su amigo Vettori. Habla de ella como de una obrita que contiene el fruto de sus experiencias políticas. Su título era *De Principatibus* pues pretende teorizar sobre los principados, aunque, a su través, es la figura del príncipe la que cobra relieve; de manera que el título con el que nos llega y con el que se la conoce es acaso más expresivo que el original.

Por aquel entonces ya había comenzado la redacción de los *Discursos*, pero la noticia que le dio Vettori acerca de la intención del Papa León X de imponer un miembro de su familia en Florencia debió ser determinante de la paralización de su proyecto y del comienzo de *El Príncipe*, obra que pensó dedicar y hacer llegar a Lorenzo de Médicis, como así hizo, instalado ya éste en el poder, en 1516.

Así, pues, resulta evidente el oportunismo con que se conduce Maquiavelo, el cual escribió con pasión y presura este libro y lo dirigió a Lorenzo tratando de persuadirlo y estimularlo a la gran empresa de la unidad italiana. También aletea en todo el libro —y aun en toda la obra maquiaveliana— lo que podríamos denominar **estética del desterrado**: Maquiavelo escribe sobre política cuando no puede hacerla él mismo; esta falta de responsabilidad política inmediata le permite cargar la suerte en ciertas páginas, recreándose estéticamente en algunas descripciones y fórmulas prescriptivas dirigidas al Médicis. En realidad, de una manera algo más que indirecta, le estaba ofreciendo a éste sus servicios junto con el libro. Sólo que el Médicis no se dignó leerlo.

Redactada la obra en apenas unos meses, adolece de precipitación, la cual se refleja en su deficiente estructura sistemática.

- a) Los once primeros capítulos tratan de los diferentes tipos de gobierno, fundamentalmente de los principados. De ellos, merece nuestra atención el capítulo VI, que aborda el caso de los Estados enteramente nuevos y busca ejemplos de príncipes que han instituido regímenes.
- b) Los capítulos XII a XIV tratan del ejército, de la conquista y de defensa armada de un Estado.
- c) Los capítulos XV a XIX describen los verdaderos medios de gobernar: el cálculo, la crueldad, la simulación...

---

<sup>14</sup> V. MARCU: *Maquiavelo. La escuela del poder*, 3.ª ed. cast., Madrid 1967, páginas 103 y 118.

- d) Los capítulos XX y XXI vuelven sobre la política armada.
- e) Los capítulos XXII y XXIII se nutren de consejos sobre la elección de los ministros y frente a las adulaciones.
- f) El capítulo XXIV critica duramente a los príncipes italianos.
- g) En el capítulo XXV Maquiavelo decide, de manera deliberadamente voluntarista, que la *fortuna* nada puede contra un príncipe virtuoso, cuando en pasajes anteriores parecía sostener lo contrario, y que, por consiguiente, las empresas políticas son ha-cederas si hay *virtù* suficiente para cumplirlas.
- h) Por eso, en el capítulo XXVI, final del libro, exhorta patrióticamente a la unidad italiana.

Resumido de esta manera, el contenido de la obra puede parecer lineal y ordenado, si bien se observa el fraccionamiento de los capítulos dedicados a la guerra. En realidad, Maquiavelo vuelve una y otra vez sobre los mismos temas, dando la sensación, dice G. PREZZOLINI, de escribir a saltos<sup>15</sup>. En cambio, L. STRAUSS presenta una tematización diferente de *El Príncipe* y establece múltiples relaciones internas entre diversos capítulos de la obra, así como entre éstos y otros de los *Discursos*, como si ambas obras estuvieran escritas en clave. No sabe uno qué admirar más, si la sagacidad o la artificiosidad de tan laboriosa investigación<sup>16</sup>.

Maquiavelo no se instala en la corriente de **espejos de príncipes**, de secular tradición y todavía con éxito en la época. Esta obra, sin que en ella falten los consejos, advertencias y prescripciones, rompe los moldes del género, rechazando los bellos discursos, las medias tintas y los consejos cristianos y humanitarios. *El Príncipe* es, dice Ch. BEC, un manifiesto: está escrito en caliente, de forma polémica y apasionada.

Como ya he anticipado, Lorenzo de Médicis no hizo aprecio del libro, bellamente escrito en pergamino y devotamente dedicado. Maquiavelo no llegó a verlo impreso. Se publicó cinco años después de su muerte. Posteriormente su circulación quedó frenada cuando el Papa Pablo IV ordenó incluir a Maquiavelo entre los escritores prohibidos, medida confirmada por

---

<sup>15</sup> G. PREZZOLINI, *op. y ed. cit.*, pág. 115.

<sup>16</sup> L. STRAUSS: *Meditación sobre Maquiavelo*, edic. cast., Madrid 1964, págs. 34 y ss. y, en general, toda la obra.

su sucesor Pío IV y por el Concilio de Trento, todo lo cual no evitó que esta obra se convirtiera en brevario de reyes <sup>17</sup>.

## 2. Discursos sobre la *Primera Década* de Tito Livio

El nulo provecho personal que a nuestro autor le reportara *El Príncipe* le hizo permanecer en el ostracismo y ocupar su ocio, entre otras cosas, con la continuación de los *Discursos* y la redacción de otras obras, como *El Arte de la Guerra*, novelas, comedias y un *Diálogo de la Lengua*. Fue con *La Mandrágora* con la que conoció el éxito y la fama que no le dio *El Príncipe*.

Escribe también para sus amigos del Jardín de Rucellai la *Vida de Castruccio Castracani*, una pseudobiografía a la que tendré ocasión de referirme más adelante.

Los *Discursos* fueron comenzados, como se consignó anteriormente, en 1513 y «acabados» entre 1517 y 1519. Seguramente nuestro autor tenía una idea perfilada de su sistemática, pero, tal como los dejó (en lo que acaso no era más que una primera redacción), esa idea no se refleja en la obra <sup>18</sup>. Hay en los *Discursos* capítulos que versan acerca de problemas ajenos al libro en que se ubican y hay también problemas tratados en varias partes de la obra. Escritos más templadamente que *El Príncipe*, no faltan en ellos tampoco la agresividad, la ironía ni los sarcasmos. Se publicaron, también póstumamente, en 1531.

Adoptan la forma de comentarios de los diez primeros libros de la obra de Tito Livio. Maquiavelo distribuye tales comentarios en tres libros:

- 1) El primero trata de la construcción del Estado y de su legislación.
- 2) El segundo, de los problemas de la política exterior.
- 3) El tercero, de la estabilidad del Estado, del ejército, de la evolución de las instituciones.

Todo ello con el pie forzado de la referencia a Roma a través de Tito Livio.

---

<sup>17</sup> Cfr. J. B. BERGUA: «Noticia preliminar» a la edición castellana de *El Príncipe* junto con *Antimaquiavelo*, de Federico II de Prusia, Madrid 1971, págs. 6 y 96.

<sup>18</sup> Cfr. F. GILBERT: *Machiavelli e il suo tempo*, Bolonia 1964, pág. 217.

El propósito, bajo la apariencia del comentario, era explayar sus criterios políticos acerca de las causas del éxito y del fracaso políticos para referirlos a la Italia contemporánea. Es, pues, el mismo que el acariciado en *El Príncipe*, bien que tratado con menor urgencia y con un talante republicano que no se observa en su obra más conocida.

### **3. *Historias Florentinas***

En 1520, el Cardenal Julio de Médicis le encargó una Historia de Florencia y Maquiavelo la presentó en Roma, igualmente inacabada, en 1525. Aunque directamente historiográfica, no es ajena a propósitos políticos dado el talante del autor. Obra de encargo, está redactada de forma «conveniente» habida cuenta de su destinatario.

Se distribuye en ocho libros. Los cuatro primeros están escritos en clave republicana, que era la orientación del partido de los Médicis durante esos momentos. Pero, ocurrida y abortada la conjura de 1522, no es casual que los cuatro últimos libros se inclinaran decididamente por la adulación de Cosme y de Lorenzo de Médicis, viéndonos obligados a leer entre líneas algunos mensajes ocultos y críticas larvadas a la casa dominante<sup>19</sup>. La Historia se cierra en 1492: Maquiavelo no quiso narrar la caída de dicha familia en Florencia.

### **4. La unidad de la obra y su actitud metodológica**

La lectura de las obras de Maquiavelo produce una doble impresión. De un lado, la de dispersión y reiteración temática, que sugieren la idea de que están inacabadas, en primera redacción, faltas de sistemática. De otro lado, la presencia constante de la Historia en ellas, dándoles unidad aparente y real.

No puede encontrarse en Maquiavelo una Gnoseología, ni una Cosmología, ni una Antropología, como tampoco una Teoría General de la Política, ni una ordenación de los conceptos que utiliza, ni siquiera una conceptualización de los elementos que incluye como ingredientes de su universo político. No parece sino que, para él, la especulación política no fuera susceptible de organización científica.

---

<sup>19</sup> CH. BEC, *op. cit.*, págs. 308-10.

Sus obras consisten en múltiples referencias a prácticas políticas del pasado remoto y reciente —más de aquél que de éste— intentando extraer de ellas una guía para el comportamiento político presente. Pero esto no exige al intérprete del esfuerzo por encontrar en el secretario florentino una concepción general del hombre, y acaso del mundo y de la Historia, que den una cierta unidad de sentido a su no escasa obra.

La actitud metodológica de Maquiavelo pende de una **acotación pre-  
via de su campo de interés científico: la política**, o, por mejor decir, el *hombre en cuanto político, el homo politicus*, si es que esta aclaración no es un puro pleonasma en Maquiavelo.

En efecto, como subraya Ch. BEC, Maquiavelo no muestra interés ni por la condición humana, ni por la familia, ni por la economía (siendo, como decía ser, tan realista) sino únicamente por los fenómenos políticos<sup>20</sup>. Se trata de una perspectiva estrictamente política, estrictamente italiana y casi estrictamente florentina.

Sin embargo, como hemos anticipado, no hay en él una teoría general de la ley ni de las instituciones políticas, ni siquiera un interés por los problemas políticos candentes en la Europa coetánea. Maquiavelo no es un filósofo de la política; es un técnico de la misma y un teórico de la práctica política. Técnica y práctica políticas que están estudiadas y reflejadas con un *telos* concreto: convencer y estimular a un príncipe virtuoso en favor de la unidad italiana, prefiriendo, desde luego, que la unidad se hiciera en torno a Florencia. Todo lo cual presta en su obra una unidad de propósito, una unidad teleológica, al tiempo que limita sus alcances teóricos.

La idea de Italia como algo más que una entidad geográfica, la idea de su unidad política, se puede rastrear desde la caída del Imperio Romano, creció en la Baja Edad Media con nombres tan significativos como Petrarca y Dante y se avivó aún más a fines del siglo xv, tras la crisis de 1494. Pero, como dice Ch. BEC, era una idea más negativa que positiva; reflejaba más el desprecio hacia los «bárbaros» y la queja de que dominaran Italia que una percepción de ésta como nación<sup>21</sup>. Menos aún podemos ver en Maquiavelo un ideólogo nacionalista al modo decimonónico; quienes así lo hacen incurrir en flagrante anacronismo.

La adversa fortuna quiso que Maquiavelo tuviera que enfrentarse, como enviado de Florencia, a César Borgia, el único príncipe con la *virtù* necesaria para lograr tan acariciada empresa de expulsar a los bárbaros. Pero César Borgia no era florentino... En definitiva, la idea de un nacionalismo italiano era prematura por aquel entonces; la unidad italiana no

<sup>20</sup> CH. BEC, *op. cit.*, pág. 99.

<sup>21</sup> *Ibidem*, pág. 126.

pasaba de ser, en Maquiavelo, la anexión, por parte de Florencia, de otros territorios peninsulares <sup>22</sup>.

De otro lado, la posición en la que Maquiavelo se instala para el tratamiento de los temas que aborda es pretendidamente **realista**. Él mismo lo dice: «Siendo mi intención escribir cosas útiles para quien las lea, me ha parecido más conveniente seguir la verdad efectiva de las cosas que la imaginación que de ellas se hace. Son numerosos los que han imaginado repúblicas y principados que jamás fueron vistos ni conocidos en la realidad. Y es que hay tanta distancia entre cómo se vive y cómo se debería vivir...» <sup>23</sup>.

Este talante realista en el tratamiento de los problemas es igualmente un aporte no desdeñable a la unidad de la obra maquiaveliana.

En tercer lugar, aunque Maquiavelo presenta *El Príncipe* como obra original y novedosa por su tratamiento, lo cierto es que, como aduce F. GILBERT, ni él ni Guicciardini fueron fenómenos aislados sino que desarrollaron concepciones comunes a varios escritores florentinos, fundamentalmente los relacionados con el Jardín de Rucellai, en el que se compartía una **concepción histórica de la política**; esto es, acudían a los ejemplos del pasado para juzgar las instituciones y los comportamientos de su tiempo.

Esta actitud metodológica trae su causa de una **concepción fijista de la naturaleza humana**: los hombres han sido siempre iguales, con iguales vicios y virtudes. Por eso el conocimiento histórico es útil para el comportamiento presente. De ahí la presencia abrumadora de la Historia en las obras del florentino. Y ni que decir tiene que, con ello, dicha obra gana en unidad metodológica.

En fin, tampoco era ajena al círculo del Jardín de Rucellai la **reflexión política concreta**, que renunciaba a elaborar teorías generales para atender, bajo la presión de las circunstancias, a la situación política del momento <sup>24</sup>.

### III. LA HISTORIA SEGÚN MAQUIAVELO

#### 1. El azar y la invariabilidad de la naturaleza

Maquiavelo habla a veces del azar como única guía (mejor sería decir no-guía) del acontecer humano. Como cuando dice: «El azar ha dado nacimiento a todos los gobiernos entre los hombres» <sup>25</sup>.

<sup>22</sup> F. J. DUVERNOY, *op. cit.*, pág. 145.

<sup>23</sup> *El Príncipe*, XV.

<sup>24</sup> Cfr. F. GILBERT, *op. cit.*, págs. 10, 57 y 72.

<sup>25</sup> *Discursos*, I, 2.

No obstante, es poco creíble que ésta fuera su posición gnoseológica de partida. Antes al contrario, son igualmente frecuentes las explicaciones acerca de la invariabilidad de la naturaleza humana: «Cualquiera que compare el pasado y el presente verá que todas las ciudades, todos los pueblos, han estado siempre y están todavía animados por los mismos deseos y pasiones»<sup>26</sup>. Y en otro lugar: «El mundo ha estado siempre poblado parejamente por hombres que mostraron en todo momento las mismas pasiones»<sup>27</sup>.

Al ser esto así, la historia se erige en fuente privilegiada, si no única, del conocimiento político, puesto que los acontecimientos y situaciones del pasado tienden a repetirse. **La historia es cíclica**, como lo es la sucesión de las formas de gobierno. Pero también es **ejemplar, pedagógica**, ya que en ella se aprende lo que sucedió y lo que sucederá o puede suceder. Maquiavelo, como han hecho todos los historiadores, de Tucídides a Voltaire, trata de captar lo humano invariable en los histórico concreto<sup>28</sup>.

Ahora se comprenden mejor las alusiones maquiavelianas al azar. Un acontecimiento azaroso no es más que aquél sobre cuyas causas no poseemos datos suficientes; por eso nos parece producido por fuerzas indeterminadas. Pero, si tuviéramos suficientes conocimientos históricos, sus causas explicativas aparecerían con claridad. No es, pues, en este nivel donde se produce la contradicción de nuestro autor.

Ocurre, sin embargo, que la historia cíclica, obediente a una naturaleza humana invariable, no permite la extracción de leyes científicas generales: se agota en los acontecimientos-ejemplos singulares, de los que solamente pueden inferirse enseñanzas para otros sucesos coetáneos o futuros también singulares<sup>29</sup>. Como ha visto con pulcritud F. J. DUVERNOY, este tiempo histórico, troceado, atomizado, consistente en ocasiones singulares, juega el mismo papel que el átomo en la Física de Epicuro: tanto el átomo físico como el histórico son refractarios a todo sistema<sup>30</sup>.

## 2. Fijismo y cambio

Como hemos visto, uno de los rasgos de la concepción maquiaveliana de la historia es su carácter cíclico. La circularidad del tiempo

<sup>26</sup> *Discursos*, I, 39.

<sup>27</sup> *Informe sobre el modo de tratar a las poblaciones rebeldes del Valle de Chiana* (escrito hacia 1503).

<sup>28</sup> J. A. MARAVALL: *Estudios de Historia del Pensamiento Español* (Serie Segunda: La época del Renacimiento), Madrid 1984, pág. 338.

<sup>29</sup> F. J. DUVERNOY, *op. cit.*, págs. 50-51.

<sup>30</sup> *Ibidem*, pág. 78.

histórico es una idea ligada al mito de la Edad de Oro y de su futura restauración. Todo, incluso la religión y las formas políticas, se sucede fatalmente. Los Estados nacen, crecen, envejecen y mueren. «Estando todas las cosas humanas en movimiento sin poder quedar inmóviles, es inevitable que suban o bajen»<sup>31</sup>. «Lo más frecuente es que los Estados, en su evolución, pasen del orden al desorden, y de éste, a un nuevo orden»<sup>32</sup>.

«La *virtù* —dice Maquiavelo en su poema *La Edad de Oro*— da tranquilidad a los Estados; la tranquilidad engendra rápidamente la molicie y ésta consume a los países y a las familias gobernantes.

«Por último, después de haber atravesado un período de desórdenes, las ciudades ven renacer la *virtù* entre sus muros.

«El que gobierna el universo permite este orden de cosas a fin de que nada sea ni pueda ser estable bajo el sol.

«Se ha visto, se ve y se verá siempre que el mal sucede al bien y que el bien reemplaza al mal, y siempre el uno será la causa del otro»<sup>33</sup>.

Las formas de gobierno evolucionan conforme a la misma pauta. «La mayoría de los que han escrito sobre política distinguen tres especies de gobierno; principado, aristocracia y gobierno popular (...) Otros autores, más sabios según la opinión de muchos, cuentan seis especies, tres de las cuales son malas y otras tres, aunque buenas en sí mismas, son tan susceptibles de corrupción que devienen ineludiblemente malas... De manera que el principado se convierte en tiranía, el gobierno de los mejores en tiranía de unos pocos y el gobierno popular se resuelve en pura licencia (...) Tal es el círculo en el que cada cierto tiempo han sido gobernados y todavía se gobiernan todos los Estados. Raramente, es cierto, se les ve llegar a las mismas formas de gobierno; pero esto obedece a que su duración no es suficientemente larga para experimentar estos cambios varias veces hasta su rotación completa. Sus males los fatigan, les restan fuerza y sabiduría y los hacen rápidamente vasallos de un Estado vecino de formación más sana. Pero si llegaran a evitar este cambio, se los vería girar hasta el infinito en este mismo círculo de revoluciones»<sup>34</sup>.

Es de observar que Maquiavelo es poco fiel a sus (supuestas) convicciones. Habremos de ponerlo de relieve más veces. En este terreno podemos ver una contradicción evidente del pensamiento maquiaveliano. Efectivamente, si bien el movimiento de fondo de la historia es circular, se

<sup>31</sup> *Discursos*, I, 6.

<sup>32</sup> *Historias Florentinas*, V, 1.

<sup>33</sup> *La Edad de Oro*, canto V (poema en ocho cantos, inacabado, escrito en 1517). En igual sentido, *Historias Florentinas*, V, 1.

<sup>34</sup> *Discursos*, I, 6.

produce la introducción en él de variables que deforman y trastocan su circularidad. Por lo cual es conveniente que estemos advertidos de ambas proposiciones: ni es fácil truncar la marcha de la historia, ni tampoco que sus ciclos se cumplan de modo completo y perfecto hasta llegar fatalmente al punto de partida. Ambas proposiciones son ciertas en Maquiavelo a pesar de ser mutuamente excluyentes.

En algunos de sus pasajes transcritos hemos visto en acción a la *virtù*. Su cometido no se ciñe a dar tranquilidad a los Estados. Es mucho más rico: la entrada en juego de la *virtù* puede hacer variar la circularidad histórica, la fatalidad que preside el devenir de las cosas humanas. Lo veremos en un epígrafe posterior.

Pero, se cumplan enteramente o no los ciclos históricos, lo cierto es que Maquiavelo no ve en la sucesión de los acontecimientos humanos un progreso propiamente dicho: «Las leyes civiles no son, en efecto, más que sentencias de los jurisconsultos (antiguos), que, sintetizadas en principios (jurídicos), dirigen en sus juicios a nuestros modernos jurisconsultos. Tampoco la medicina es otra cosa que la experiencia de los médicos antiguos tomada como guía por sus sucesores»<sup>35</sup>.

### 3. Historia profana, ejemplar, pedagógica, prudente y retórica

Esta historia cíclica es, por otra parte, absolutamente **profana**. Las escasas alusiones maquiavelianas a Dios como causa del devenir histórico son marginales y Dios está en ellas frecuentemente acompañado de la *fortuna*, o del azar, como sinónimos o poco menos. El humanismo renacentista no permite esperar de nuestro autor otra cosa.

Como he indicado en una página precedente, el carácter cíclico de la historia confiere a ésta un indudable **valor ejemplar y pedagógico**. Todos podemos y debemos —o, por mejor decir, los príncipes pueden y deben— tomar ejemplo de los príncipes virtuosos antiguos y rechazar el comportamiento de aquellos otros que labraron la ruina de sus pueblos.

Maquiavelo no deja de extraer esta conclusión y lo hace con acusada frecuencia: «De esta manera es fácil, mediante un estudio exacto y pormenorizado del pasado, prever lo que va a suceder en una República, y entonces es preciso o bien servirse de los medios adoptados por los antiguos, o bien, si no se los encontrara, imaginar unos nuevos de acuerdo

---

<sup>35</sup> *Discursos*, I, Prefacio.

con la semejanza de los acontecimientos»<sup>36</sup>. Y en otro lugar: «La Historia nos enseña a vivir... por consiguiente... no está fuera de propósito... tomar ejemplo de lo que hicieron los maestros del mundo»<sup>37</sup>.

Maquiavelo cree haber dado con el talismán metodológico cuya aplicación hará desaparecer toda dificultad en el dominio del conocimiento político. Ése es el motivo aducido para escribir los *Discursos*: «La mayoría de los que leen (la Historia) se quedan en el placer que les causa la variedad de acontecimientos que ésta ofrece; no les viene a la cabeza imitar las bellas acciones; esta imitación les parece no ya difícil sino imposible: como si el cielo, el sol, los elementos y los hombres hubieran cambiado de orden, de movimiento y de poder y fueran diferentes de lo que fueron en otro tiempo.

Es para sacarlos de su error, en lo que yo pueda, para lo que he creído que debía escribir sobre los libros de Tito Livio...»<sup>38</sup>.

La historia es, pues, como dice G. VIVANTI, la mediadora entre la naturaleza y la sociedad; a su través conocemos las potencialidades, los condicionamientos y las oportunidades de las circunstancias<sup>39</sup>.

Pero lo más destacable de «la Historia según Maquiavelo» reside en la utilización política de ésta aun a riesgo de deformación. Maquiavelo sigue la postura de Tito Livio, según el cual, hacer la Historia de Roma significaba resucitarla toda entera, resucitar su genio, evocar, para la educación de los modernos y su reforma intelectual y moral, la imagen de una ciudad conducida por los mejores y los más sabios. Por eso, la evocación maquiaveliana del pasado selecciona los hechos y episodios más positiva o negativamente ejemplares<sup>40</sup>.

De otro lado, la vivacidad de los «ejemplos» históricos está subrayada —acaso inconscientemente— por la comunicación directa entre las diversas épocas del pasado y entre todas ellas y el presente en una imagen fija, como si todo ello fuera simultáneo o poco menos. Y si bien dicha actitud puede corresponderse con la concepción fijista del universo en general y de la naturaleza humana en particular que sustenta Maquiavelo y le permite además proponer los ejemplos de los antiguos como directamente trasladables a su época, le exige, en cambio, prescindir de las circunstancias de tiempo y lugar, justo lo que un historiador no puede nunca orillar.

El mismo GUICCIARDINI, coetáneo y amigo de Maquiavelo, criticó este modo historiográfico por entender, más realista y científicamente, que

<sup>36</sup> *Discursos*, I, 39.

<sup>37</sup> *Informe sobre el Valle de Chiana*, op. cit.

<sup>38</sup> *Discursos*, I, Prefacio.

<sup>39</sup> G. VIVANTI: «Introducción» a la edic. de los *Discorsi sopra la Prima Deca di Tito Livio*, Turín 1983, pág. XXIII.

<sup>40</sup> Cfr. CH. BEC, op. cit., pág. 301.

los tiempos y las circunstancias son siempre distintos <sup>41</sup>. Aferrarse al modelo ideal romano-republicano es incurrir en el error que el propio Maquiavelo reprocha a quienes se limitan a imaginar repúblicas perfectas en vez de escribir cosas útiles ateniéndose a la verdad efectiva de las cosas.

Así, pues, Maquiavelo, a base de insistir en la ejemplaridad romana, termina escribiendo una Historia acientífica. Él no cree correr este riesgo, tan convencido está de dicha ejemplaridad. En efecto, Maquiavelo se objeta con habilidad esta actitud acrítica colocándose más allá de toda sospecha: «Acostumbran los hombres, aunque a mi entender sin razón, a ensalzar los tiempos antiguos y censurar los presentes (...) Pero creo que estas opiniones están muy lejos de lo justo, por varias causas». Se extiende después en la discusión de tales motivos, pero, a la hora de concluir sobre sí mismo y su obra, hace un quiebro dialéctico para dejar las cosas como al principio: «No sé si mereceré ser colocado entre los que yerran por situar tan alto en este libro el tiempo de los antiguos romanos y censurar los tiempos en que vivimos. Y, ciertamente, si la *virtù* que reinaba entonces y el vicio que domina hoy no fueran tan brillantes como el sol... Pero la cosa es tan evidente...» <sup>42</sup>.

Esta forma de historiar y el consciente y buscado oportunismo político de sus escritos fuerzan a Maquiavelo a la selección de los sucesos narrados y a la prudencia o a la osadía en los juicios y en el enfoque de las obras, según los casos, como vimos en un epígrafe anterior. Incluso en las *Historias Florentinas*, al decir de la crítica historiográfica, silencia unos acontecimientos, falsea otros y muestra escaso cuidado en la depuración de las fuentes utilizadas <sup>43</sup>.

No incurramos, sin embargo, en la injusticia del anacronismo: así ha sido utilizada la Historia antes y después de Maquiavelo y la crítica de las fuentes estaba en sus comienzos por aquel entonces <sup>44</sup>. Dice Panella que el pensamiento de Maquiavelo brotaba del dato inmediato, que impresionaba su inteligencia y generaba su doctrina, para la cual buscaba después confirmaciones históricas. Pero, como apostilla J. A. MARAVALL, ése era el comportamiento general de los hombres de ciencia del Renacimiento <sup>45</sup>. No le exijamos, pues, al florentino lo que nadie hasta entonces hacía y pocos hicieron tras él. Júzguesele únicamente en relación a la historiografía de su tiempo. Pero, eso sí, estemos prevenidos ante sus afirmaciones y generalizaciones históricas.

<sup>41</sup> GUICCIARDINI: *Consideraciones sobre los «Discursos de Maquiavelo»*, I, 26.

<sup>42</sup> *Discursos*, II, Prefacio.

<sup>43</sup> Cfr. L. STRAUSS, *op. cit.*, pág. 42; CH. BEC, *op. cit.*, pág. 300; F. CHABOD: *Scritti su Machiavelli*, Turín 1964, pág. 227; G. MOUNIN: *Machiavelli, étude d'Histoire des doctrines politiques*. Paris, 1942, pág. 169.

<sup>44</sup> Cfr. J. BURNHAM, *op. cit.*, pág. 49.

<sup>45</sup> J. A. MARAVALL: *Estudios*, *op. cit.*, pág. 337.

#### IV. INICIO DE LA CIENCIA POLÍTICA: REFLEXIÓN POLÍTICA CONCRETA Y PESIMISMO ANTROPOLÓGICO

Como no podía ser menos, se observa en la obra de Maquiavelo la existencia de residuos medievales. Los hay en todo el Renacimiento <sup>46</sup>, por más que L. STRAUSS se esfuerce en interpretar estos vestigios como argucias dialécticas del florentino para, a su abrigo, sostener tesis que contradijeran esos aparentes puntos de partida <sup>47</sup>. Pero es cierto que Maquiavelo rompe con modos anteriores de escribir sobre política. PREZZOLINI lo dice de forma, aunque hiperbólica, harto expresiva: «La diferencia entre Platón y Aristóteles por un lado, y Maquiavelo por otro, es la misma diferencia existente entre un estudiante de Anatomía que utiliza una estatua para sus observaciones y uno que usa un cuerpo vivo: la estatua puede ser muy perfecta desde el punto de vista estético: pero no es real» <sup>48</sup>.

Contempladas así las cosas, sí que podemos afirmar que Maquiavelo inicia la Ciencia Política, pues, como ha señalado J. BURNHAM:

- a) Describe con claridad el campo de la política, que no es otro que el de la lucha por el poder.
- b) Agrupa con cierta sistemática un gran número de hechos, estando atento más a éstos que a los principios.
- c) Trata siempre de establecer correlaciones entre series de sucesos que permitan, no la formulación de leyes universales, pero sí generalizaciones aproximadas sobre los sucesos políticos <sup>49</sup>.

Maquiavelo es, pues, el primer teórico de la acción política, como tendremos ocasión de reiterar más adelante: se centra en el análisis técnico de los hechos y de los comportamientos políticos con «la certidumbre de que los acontecimientos están ligados unos a otros por estrechas relaciones de causalidad» <sup>50</sup>.

Como ha señalado L. CARETTI, nuestro autor no parte de ideas o principios generales para, a través de rigurosas deducciones, interpretar

---

<sup>46</sup> Cfr. J. BURNHAM, *op. cit.*, pág. 48; G. USCATESCU: *Maquiavelo y la pasión del poder*, Madrid 1969, pág. 17; y J. A. MARAVALL: *Estado moderno y mentalidad social, op. cit.*, pág. 17 y ss.

<sup>47</sup> L. STRAUSS, *op. cit.*, págs. 253 y ss.

<sup>48</sup> G. PREZZOLINI, *op. cit.*, pág. 13.

<sup>49</sup> J. BURNHAM, *op. cit.*, págs. 49-51.

<sup>50</sup> CH. BEC, *op. cit.*, pág. 100.

el mecanismo secreto de los sucesos históricos. Al contrario, procede por rápidas intuiciones a partir de las cuales penetra en el significado de los hechos políticos pasados y presentes, sacando a la luz sus oscuras causas. Son, pues, la intuición y la imaginación las que guían los procesos mentales maquiavelianos y conforman la estructura de sus importantes páginas <sup>51</sup>.

Mucho se ha escrito acerca de la correspondencia de la Política de Maquiavelo con la Física de Galileo, polémica en que es ocioso entrar. Diré tan sólo que me parece muy ponderada la opinión de K. KOSIK, para quien Maquiavelo no es un observador empírico ni un sutil comentarista de textos históricos sino que «su descubrimiento principal —que se corresponde con la ciencia operativa de Bacon y con la concepción moderna de la ciencia— es el concepto de hombre como ser disponible y manipulable» <sup>52</sup>.

Si hasta aquí hemos visto parcialmente la posición gnoseológica y metodológica de Maquiavelo a partir de su concepción fijista del universo y de la naturaleza humana, en seguida veremos cómo una segunda vía científica y política maquiaveliana pende de otra toma de postura ideológica: su muy acentuado pesimismo antropológico.

Para el secretario florentino, «los hombres no hacen el bien más que a la fuerza; pero, si pueden hacer el mal libre e impunemente, no dejarán de crear por doquier la turbulencia y el desorden» <sup>53</sup>. «Son ingratos, tornadizos, hipócritas, cobardes, avariciosos; mientras los beneficia están contigo y te ofrecen su sangre, sus bienes, su vida, sus hijos... para el futuro; pero, cuando éste se aproxima, se esconden» <sup>54</sup>. Son leales al Estado sólo cuando lo necesitan, pero no en la adversidad <sup>55</sup>. En fin, «los hombres no saben ser ni honorablemente malos ni perfectamente buenos»; por eso «no saben realizar una acción que, aunque mala, revista grandeza y magnanimidad» <sup>56</sup>. En resumen: son estúpidos y mediocres.

Sentado esto, quien quiera ser enteramente bueno está labrando su ruina entre tantos que no lo son. Por eso «le es preciso al príncipe, si quiere mantenerse, aprender a ser malo y usar o no de este aprendizaje según la necesidad» <sup>57</sup>. Y, del mismo modo, el príncipe «debe suponer que todos los hombres son malos y que utilizarán la maldad de su alma en cuanto tengan oportunidad para ello». No hay que engañarse: si la malignidad humana

<sup>51</sup> L. CARETTI: «Machiavelli scrittore», en la obra colectiva *Machiavelli nel quinto centenario della nascita*. Bologna 1973, pág. 35. Cfr., en igual sentido, L. Russo: *Machiavelli*. Bari 1949 (3.ª edic.), págs. 68-69.

<sup>52</sup> K. KOSIK: *La dialectique du concret*, Paris 1970, pág. 150.

<sup>53</sup> *Discursos*, I, 3; *El Príncipe*, XXIII.

<sup>54</sup> *El Príncipe*, XVII.

<sup>55</sup> *Ibidem*, IX.

<sup>56</sup> *Discursos*, I, 27.

<sup>57</sup> *El Príncipe*, XV.

humana permanece oculta es por razones que desconocemos, «pero el tiempo la hace aflorar en seguida; él es, se dice, el padre de la verdad»<sup>58</sup>.

¿Le es mejor, entonces, al príncipe ser temido o ser amado? «Yo respondo que necesita ambas cosas; pero que, como es difícil conseguirlas juntas, si se ha de tener una sola de ellas, es más seguro hacerse temer que amar»<sup>59</sup>. Aunque, eso sí, el príncipe debe ser suficientemente sabio para evitar la infamia de los vicios que le podría hacer perder el Estado<sup>60</sup>.

Este pesimismo antropológico conduce a nuestro autor a dos opciones científicas y políticas a un tiempo. La primera es la búsqueda de modelos políticos, tanto de hombres como de Estados, lo mismo históricos que coetáneos. La segunda es la búsqueda de una teoría para la acción política, una teoría que, siendo científicamente sostenible, fuera también y sobre todo políticamente estimulante. Creo sistemáticamente más correcto abordar a continuación esta segunda empresa maquiaveliana y dejar para un epígrafe posterior el problema del modelo ideal de príncipe.

## V. BÚSQUEDA DE UNA TEORÍA DE Y PARA LA ACCIÓN POLÍTICA

### 1. Carácter nodal del capítulo XXV de *El Príncipe*

Ya hemos comentado reiteradamente que nuestro autor no se interesa más que por el problema de la unidad italiana con inexplicable olvido de un nutrido puñado de acontecimientos históricamente trascendentales que no debieron parecerle relevantes para ese objeto central de su atención. El capítulo XXV de *El Príncipe*, sobre cuyo enclave sistemático y real significación tanto han discutido los eruditos, encuentra su explicación más satisfactoria y correcta desde esta perspectiva<sup>61</sup>.

En efecto, después de estudiar a lo largo de la obra las diversas clases de principados, cómo adquirirlos, conservarlos y engrandecerlos; después de exponer algunas de sus ideas sobre la guerra; después de señalar las cualidades que debe reunir un príncipe que lo sea de verdad;

<sup>58</sup> *Discursos*, I, 3.

<sup>59</sup> *El Príncipe*, XVII.

<sup>60</sup> *Ibidem*, XV.

<sup>61</sup> Cfr. A. GRAMSCI: *La política y el Estado moderno*, edic. castellana, Barcelona 1971, págs. 76 y ss.

después de todo eso, aboca en los tres capítulos finales a la cuestión que le interesa por encima de todas: el problema italiano.

En el capítulo XXIV muestra el caos de la Italia de su tiempo. Buscando las causas, acude una vez más a la historia italiana y la encuentra llena de errores y absolutamente carente de auténticos príncipes. El resultado de esta mirada histórica no podía ser más desolador. Al final del capítulo no se percibe salida alguna: la *fortuna* parece haberse cebado con Italia. ¿Estaría su patria condenada irremisiblemente a la esclavitud?

Maquiavelo no lo cree así; **no quiere** creerlo; **siente** que la independencia y unidad italianas son posibles; pero **necesita** razonar esta seguridad suya acerca de la viabilidad de la empresa. Es lo que hace, a su modo, en el capítulo XXV. Y así puede ya entonar el cántico de esperanza en el capítulo XXVI, el último de la obra.

Por eso vamos a detenernos en este capítulo XXV. No se nos oculta que Maquiavelo se contradice frecuentemente en todos los temas que toca, lo que dificulta extraordinariamente centrar el eje de su obra en unos breves pasajes. Pero la ubicación y significado de este capítulo (tesis que considero fundada) me inclina a hacerlo así. Ahora bien, por eso mismo, haré todas las referencias necesarias a otros textos <sup>62</sup>.

¿Qué dice Maquiavelo? La exposición de su pensamiento —en el capítulo que consideramos— es todo un modelo de dialéctica argumental, de dialéctica para la práctica política. Veamos el texto tantas veces anunciado <sup>63</sup>:

«No ignoro que muchos han creído y siguen creyendo que las cosas de este mundo las dirigen la *fortuna* o Dios, sin que la prudencia de los hombres pueda hacer que muden o ponerles remedio; y por ello podríamos juzgar que es inútil preocuparnos por lo que ha de suceder y dejarse gobernar de la suerte. Esta opinión parece reforzada en nuestros días... A tal punto, que alguna vez... me he inclinado a esta opinión.

"Juzgo, sin embargo, que a fin de que nuestro libre arbitrio no desaparezca, puede aventurarse que la *fortuna* gobierna la mitad de nuestras acciones, pero que nos deja gobernar la otra mitad.

"La comparo (a la *fortuna*) a uno de esos ríos caudalosos que, cuando se sale de madre, derriba árboles, derrumba casas y arrastra las tierras de

<sup>62</sup> Una discusión de la posible sistematización de *El Príncipe*, puede verse en G. PREZZOLINI: *Maquiavelo, op. cit.*, págs. 114-118. L. E. PALACIOS centra lo más sustancial del maquiavelismo en los capítulos XV a XXV de *El Príncipe*; luego, los textos que entresaca son principalmente del capítulo XXV y casi exactamente los mismos que analizo a continuación, aunque les da una interpretación algo distinta (*La prudencia política*. Madrid, 3.ª ed. 1957, págs. 159 y ss).

<sup>63</sup> *El Príncipe*, XXV.

un lugar a otro. Todos huyen ante sus ímpetus y ceden sin poder oponerse en parte alguna. Pero, aunque así sean los hechos, nada impide que los hombres, cuando el tiempo se apacigua, tomen precauciones con diques y pantanos, de tal forma que una crecida posterior se desagüe por un canal y su corriente no sea peligrosa ni desenfrenada.

"Lo mismo ocurre con la *fortuna*. Ésta demuestra su potencia donde no hay *virtù* ordenada para resistirla y dobla su ímpetu donde sabe que no hay diques ni defensas para contenerla.

"Si llevamos los ojos hacia Italia... se verá que es un país sin defensa. En cambio, si, siguiendo el ejemplo de Alemania, de Francia o de España, se la hubiera puesto en condiciones de resistir a sus enemigos, no hubiera sido invadida por los extranjeros, o, por lo menos, esta irrupción hubiera sido menos intensa».

Como hemos anticipado, el texto es una obra de arte dialéctico. Veamos sucesivamente la caracterización de la *fortuna*, la de la *virtù* y la relación entre ambas.

## 2. La *fortuna*

Maquiavelo expone en primer lugar la tesis contraria a la suya: muchos creen que el mundo es dirigido por la *fortuna* o Dios sin que los hombres puedan hacer nada por cambiarlo ni remediarlo; por eso podríamos juzgar que hay que abandonarse a la suerte. El propio Maquiavelo confiesa que a veces se ha inclinado a esa opinión.

Esta es la opinión de muchos; incluso la más general y suya propia en ciertos momentos en que se deja llevar de las apariencias. Notemos que dice «y por ello podríamos juzgar», en modo potencial. No se adhiere por completo a la tesis; antes bien, como veremos, la suya es muy otra.

Maquiavelo hizo una primera caracterización de la *fortuna* en una obra poética, que, no obstante este su carácter, resulta muy expresiva de algunos extremos que nos interesan:

«La multitud —dice— le da el nombre de Omnipotencia porque todos experimentamos tarde o temprano su imperio.

"Con frecuencia abate bajo sus pies a los buenos y eleva a los malos; y si hace a veces una promesa, jamás se la ha visto mantenerla.

"Vuelca de arriba abajo los Estados y los reinos a su capricho y arrebatada al justo el bien que prodiga al perverso.

"Esta diosa inconstante, esta divinidad tornadiza, sitúa algunas veces a los indignos sobre un trono, al cual no llegan nunca quienes lo merecen.

"Dispone del tiempo a voluntad; nos encumbra y derriba sin piedad, sin ley y sin razón.

"Nadie sabe de quién es hija ni de qué raza nació; sólo se sabe de cierto que Júpiter mismo teme su poder»<sup>64</sup>.

Como ha comentado Ch. BEC, el mito de la *fortuna*, que era muy antiguo, sobrevivió durante la Edad Media, a pesar de los esfuerzos cristianos de sustituirlo por la Providencia, y adquirió nuevo brío durante el Renacimiento, siendo una creencia común a fines del siglo xv. Los italianos de la generación de Maquiavelo descubren que los acontecimientos nunca tienen un origen definido y que la búsqueda de los lazos de causalidad abre una inquietante perspectiva de relaciones múltiples e infinitas interdependencias. Se desvanecen así las convicciones humanistas sobre la capacidad del hombre para controlar los acontecimientos. Pero «creer en la *fortuna* no significa una vuelta a la visión medieval de un mundo sometido a la voluntad divina sino, por el contrario, reconocer que la historia no obedece a ningún proyecto racional, y deviene, de hecho, insondable»<sup>65</sup>. Como interpreta F. J. CONDE, la *fortuna*, mezcla de Dios y de leyes ciegas, es una potencia incierta, misteriosa, que, inexcrutable, introduce la variabilidad y la irracionalidad en las cosas<sup>66</sup>.

Se trata, por consiguiente, de una *fortuna* laica. Maquiavelo la llama a veces Dios, o la identifica con el cielo o con una diosa... pagana. La *fortuna* maquiaveliana es acaso lo contrario de la idea de divinidad; es destino, suerte, azar, ausencia de causación natural y de guía racional en el devenir de las cosas, en la historia. Ahora bien, esto contradice en no escasa medida la otra tesis maquiaveliana del carácter cíclico, ejemplar y pedagógico de la historia.

La *fortuna* es, pues, algo inasible. Eso explica que Maquiavelo se refiera a ella en múltiples ocasiones de forma contradictoria y aun opuesta. Lo hace siempre que no puede o no quiere explicar las cosas de otro modo. Por eso acude al símil en el texto transcrito anteriormente: lo compara a

---

<sup>64</sup> *Capítulo de la Fortuna*, obra compuesta por Maquiavelo hacia 1513, tras la vuelta de los Médicis y su cese de la política activa.

<sup>65</sup> Ch. BEC, *op. cit.*, págs. 102-3.

<sup>66</sup> F. J. CONDE: *El saber político en Maquiavelo*. Madrid 1948, págs. 53-4. (Hay 2.ª edic. Madrid 1976.)

un río caudaloso y salido de madre que derriba y arrastra. Se trata de una **fuerza externa** que opera sobre nosotros y sobre nuestras cosas (árboles, casas, tierras) de modo temible. Esta fuerza externa no es necesariamente irracional, como sus víctimas no son sólo las cosas. Puede ser un ejército francés o español, que asolaban Italia a su paso. Podemos, pues, caracterizar la **fortuna** como el conjunto de condiciones externas que operan en nuestro radio de acción y presionan nuestro libre arbitrio con una fuerza formidable.

Una interpretación de la **fortuna** en sentido similar hace L. STRAUSS<sup>67</sup>. Por su parte, G. PREZZOLINI admite esta caracterización, pero ni la cree única ni central en Maquiavelo, aunque termina haciéndola jugar en oposición dialéctica a la **virtù**, como hacemos nosotros en un epígrafe subsiguiente<sup>68</sup>.

Es un concepto no susceptible de categorización científica. Mejor dicho: no es un concepto sino un fenómeno, una fuerza que se hace presente en el mundo, de imposible conceptualización y análisis científico. Como dice F. J. DUVERNOY, la **fortuna** «es invocada como principio cuya función epistemológica es la de descalificar toda explicación naturalista, cosmológica o empírica de las creaciones políticas»<sup>69</sup>.

Esto supuesto, la **fortuna** no sólo contradice la regularidad circular histórica sino que pone en entredicho la posibilidad misma de la Ciencia Política. La remisión a la **fortuna** hace posible, sí, un saber acumulativo, hecho de conocimientos disjuntos, pero no un saber sistemático, un saber científico.

Ya veremos que Maquiavelo se resiste a concluir así. Pero para eso le es preciso poner en juego su **voluntad**: aunque se lo pone difícil a sí mismo desde un punto de vista lógico, Maquiavelo **quiere** que sea posible el conocimiento político, porque, de lo contrario, no podría persuadir al Médicis de que la empresa política italiana era factible pese a la adversa **fortuna**.

Por una parte, Maquiavelo paga su óbolo a estadios precientíficos con tal de contrarrestar parcialmente la tesis de que la **fortuna** gobierna el mundo y no es posible hacer nada para remediarlo. Apela para ello nada menos que a los augurios, a los prodigios y al arte de la adivinación: «Yo ignoro de dónde viene esto, pero mil ejemplos antiguos y modernos demuestran que nunca sucede ningún cambio en una ciudad o un Estado que no haya sido anunciado por adivinos, por revelaciones, por prodigios o por signos celestes». Y añade más adelante: «Para explicar la causa de estos prodigios haría falta tener un conocimiento de las cosas naturales y so-

<sup>67</sup> L. STRAUSS, *op. cit.*, págs. 262 y 266-67.

<sup>68</sup> G. PREZZOLINI, *op. cit.*, págs. 64-70.

<sup>69</sup> F. J. DUVERNOY, *op. cit.*, pág. 66.

brenaturales que yo no poseo. Podría ser, acaso, que el aire, según la opinión de ciertos filósofos, esté poblado de inteligencias, las cuales, bien dotadas para predecir el porvenir y tocadas de compasión por los hombres, les advierten por signos para que se guarden del peligro que los amenaza». Y concluye: «Sea lo que fuere, lo dicho es verdad y esos prodigios son siempre seguidos por cambios notables en los Estados»<sup>70</sup>.

La debilidad de esta posición gnoseológica maquiaveliana salta a la vista. Pero vayamos a lo que más interesa ahora. Dicho queda que los hombres no saben identificar esos prodigios por adelantado. *A posteriori* es fácil encontrar y describir causas, designios y revelaciones, pero no nos es *hacedero* conocer lo que va a pasar hoy, lo cual, sin embargo, mañana se nos mostrará como evidente y necesario.

A pesar de todo, Maquiavelo obtiene, en el orden político práctico, la conclusión contraria a la de la quietud y la pasividad: «(Como) los hombres no conocen sus fines (los de la *fortuna*) y ésta actúa por vías oscuras y desviadas, **les queda siempre la esperanza; y de esta esperanza deben extraer la fuerza para no abandonarse nunca** cualquiera que sea el infortunio y la miseria en que puedan encontrarse»<sup>71</sup>.

Algún lejano parecido tiene esta posición maquiaveliana con la que siglos después sustentara Marx: a pesar de la ineluctabilidad de la dialéctica basada en el materialismo histórico, no cabe aguardar pasivamente el advenimiento de la sociedad sin clases sino que hay que laborar (**praxis**) en el sentido de la historia.

Fácilmente se observan, no obstante, las diferencias. Una es que el marxismo sí sostiene la posibilidad de una ciencia de estos objetos, una ciencia rigurosa; precisamente en este carácter científico de su *materialismo cifra su distinción respecto de otros socialismos de sus días o precedentes*. La segunda es que, por eso mismo, aunque no se conozca con precisión alguno de los pasos intermedios concretos del devenir histórico, sí se conocen los principales que han sucedido y sucederán, así como el estadio final; por eso la **praxis** no queda reducida a un trabajo oscuramente esperanzado sino que consiste en un esfuerzo consciente de que se está, con toda seguridad, construyendo el futuro.

Estas netas diferencias no deben eclipsar aquel punto de coincidencia. Por eso he titulado este epígrafe y el capítulo todo como la búsqueda de una teoría para la acción política: «Porque creo, he creído y creeré siempre lo que decía Bocaccio: "que es mejor actuar y arrepentirse que no

<sup>70</sup> *Discursos*, I, 56.

<sup>71</sup> *Ibidem*, II, 29. (Subrayado mío.)

actuar y arrepentirse'' »<sup>72</sup>. En este mismo sentido, G. PREZZOLINI trae a colación un epigrama de Maquiavelo a la muerte de Soderini:

«La noche en que murió Pedro Soderini  
detuvieron su alma al límite del infierno;  
y aulló Plutón:  
Alma ingenua, ¿qué buscas aquí?  
Vete al limbo con los niños»<sup>73</sup>.

### 3. La *virtù*

Además, la diferencia de la teoría maquiaveliana con la filosofía de la **praxis** mengua porque Maquiavelo no cree completamente lo que dice al comienzo del texto transcrito del capítulo XXV de *El Príncipe* y tiene mayor confianza en el protagonismo histórico de los hombres, o, por mejor decir, de los príncipes. Ello es así por obra de la **virtù**.

Recordemos que en dicho texto Maquiavelo no hace suya la opinión general del conveniente o inevitable abandono pasivo en manos de la **fortuna**. Eso es lo que **podríamos juzgar** y él mismo ha juzgado alguna vez.

Maquiavelo hace a continuación el primer escorzo dialéctico. Dice: «Juzgo, sin embargo, que a fin de que nuestro libre arbitrio no desaparezca, puede aventurarse que la **fortuna** gobierna la mitad de nuestras acciones, pero que nos deja gobernar la otra mitad.»

Veamos: «Sin embargo, **juzgo**». Maquiavelo va a refutar la opinión anterior oponiéndole la suya propia (en modo indicativo-real y en persona yo). «Que puede aventurarse.» Aquí hace la primera concesión dialéctica a su supuesto interlocutor. No quiere decir nada de golpe; prefiere ir paso a paso. Y lo que puede aventurarse es que la **fortuna** gobierna la mitad de nuestras acciones y nosotros la otra mitad. Que no es ésta su verdadera opinión lo veremos en seguida. Sólo trata de comenzar el diálogo en tablas: la mitad para cada tesis.

Este escorzo dialéctico lo hace a fin de, según dice, no renunciar de antemano a la existencia del **libre arbitrio**. Fácilmente se comprende que Maquiavelo no cree que, por admitir o no una teoría, el libre arbitrio esté en juego. Lo que se desprende es que no está dispuesto a renunciar dialécticamente a su existencia.

<sup>72</sup> *Discursos*, I, 26. Cfr. J. BURNHAM, *op. cit.*, pág. 73 y L. STRAUSS, *op. cit.*, pág. 259.

<sup>73</sup> *Epigrama*, I; cit. por G. PREZZOLINI, *op. cit.*, pág. 64.

A continuación, como ya sabemos, caracteriza a la **fortuna** como un río caudaloso que derriba y arrastra. Ya ha encontrado el símil que buscaba como argumento suasorio eficaz. La **fortuna** es una fuerza externa, incontralada, formidable. Por eso «todos huyen ante sus ímpetus y ceden sin poder oponerse en parte alguna».

Y es que, cuando esa fuerza opera libremente, no se la puede detener. Por eso, Maquiavelo recomienda en algunos otros pasajes, como vimos anteriormente, atemperarse a la **fortuna**; saber hacerlo es signo de **virtù**<sup>74</sup>. ¿Fatalismo? No parecía que fuese ésta la meta a que apuntaba en párrafos anteriores. En rigor, el fatalismo de Maquiavelo no se plantea a este nivel. No olvidemos que, según su propio razonamiento, este ímpetu no tiene lugar sino cuando el río se sale de madre.

Por eso continúa diciendo: «Aunque así sean los hechos, nada impide que los hombres, cuando el tiempo se apacigua, tomen precauciones con diques y pantanos, de tal forma que una crecida posterior se desagüe por un canal y su corriente no sea peligrosa ni desenfrenada».

«Aunque así sean los hechos». Se percibe que Maquiavelo no cree del todo en la fatalidad de la **fortuna**, ni siquiera cuando ésta opera libremente. ¿Por qué? Sencillamente, porque los hechos nunca ocurren así; eso sería demasiado esquematismo. En todos los acontecimientos interviene, aunque sea mínimamente, el libre arbitrio humano. Maquiavelo muestra su reticencia en el **aunque**, pero no se detiene. Para lo que va buscando (persuadir de la viabilidad de una determinada empresa política a pesar de la adversa **fortuna**) le basta con que ello pueda hacerse cuando el tiempo se apacigüe; pues, si se sabe actuar con **virtù**, puede impedirse la peligrosidad del río tomando las precauciones pertinentes: *construir diques que frenen, pantanos que remansen y canales que encaucen*. Más aún: si todas aquellas calamidades ocurren es porque previamente no se han tomado estas precauciones.

Ahora ya puede Maquiavelo hablar de la **virtù** política, explicando el símil seguidamente: «Lo mismo ocurre con la **fortuna**. Ésta demuestra su potencia donde no hay **virtù** ordenada para resistirla, y dobla su ímpetu donde sabe que no hay diques ni defensas para contenerla.» No otra cosa dice en los *Discursos*: «Allí donde los hombres tienen poca **virtù**, la **fortuna** muestra su poderío con nitidez. Como ella es cambiante, cambian también los Estados y las Repúblicas hasta el día en que aparece un hombre lo bastante admirador de la Antigüedad como para embridar los caprichos del azar e impedirle darnos pruebas de su poder de tiempo en tiempo»<sup>75</sup>.

Por lo tanto, la **virtù** está dialécticamente opuesta a la **fortuna** y en razón inversa: a mayor **virtù**, menor dependencia de la **fortuna**. Así también

<sup>74</sup> *Discursos*, III, 9.

<sup>75</sup> *Ibidem*, II, 30.

lo dice en los *Discursos*: «Creo que todos los gobernantes habrían tenido la buena **fortuna** de los romanos si hubieran actuado como ellos y poseído la misma **virtù** <sup>76</sup>.

Lo difícil, como en el caso de la **fortuna**, es formular un concepto maquiaveliano de **virtù**. Hemos podido comprobar que ésta es un factor político de primera magnitud, el más importante. Por eso es el elemento nuclear en la teoría política maquiaveliana, que es, no lo olvidemos, una teoría para la acción política.

Sin embargo, en ningún pasaje de la obra del florentino encontramos su concepto a pesar de los esfuerzos que hace en algunos de ellos para explicarla, principalmente en el libro III de los *Discursos*. Es más fácil —y acaso útil— imaginarla y describir sus componentes que definir su esencia, lo mismo que vimos que sucedía con la **fortuna**.

Una y otra son expresiones intraducibles. La utilización singular que de ellas hace Maquiavelo las hacen diferir de sus homófonas castellanas. **Fortuna** y **virtù** no son la secularización o paganización de la providencia y gracia cristianas, como han sostenido muchos intérpretes —entre nosotros F. J. CONDE <sup>77</sup>— sino que, más bien al contrario, éstas son cristianizaciones de la **fortuna** y la **virtù** romanas. Es con la tradición clásica, y no con la Teología cristiana, con la que se alinea Maquiavelo. Incluso, dentro de esta tradición, Maquiavelo suprime las connotaciones éticas. La **virtù** es más **dynamis** (energía) que **areté** (virtud ética) <sup>78</sup>. El propio Conde reconoce que estamos ante un «rico entramado conceptual donde se hermanan la tradición antigua y el humanismo», añadiendo que la **virtù** viene a ser algo así como «energía vital combatiente» que recoge en su seno más la **andrela** helénica que las virtudes cristianas <sup>79</sup>.

El primer ingrediente de la **virtù** es la **voluntad de poder**: «El deseo de reinar es tan fuerte que invade incluso a quienes no tienen posibilidad alguna de alcanzar el poder» <sup>80</sup>. Poner a prueba esta voluntad de poder comporta un riesgo. Por eso sólo los audaces lo hacen.

Voluntad de poder, **audacia**, **asunción del riesgo**, he aquí tres típicos rasgos del burgués comerciante de principios del siglo XVI <sup>81</sup>. No son actitudes vacías o gratuitas ni del político ni del comerciante: se dan en relación a una oportunidad u ocasión. **Saber aprovechar la ocasión** es otro de los ingredientes fundamentales de la **virtù**, lo que implica buen **cálculo** de los medios y circunstancias.

<sup>76</sup> *Discursos*, II, 1; cfr. L. STRAUSS, *op. cit.*, pág. 262.

<sup>77</sup> F. J. CONDE, *op. cit.*, págs. 54-56.

<sup>78</sup> G. PREZZOLINI, *op. cit.*, pág. 28.

<sup>79</sup> F. J. CONDE, *op. cit.*, págs. 27-28; cfr. igualmente, págs. 83-85.

<sup>80</sup> *Discursos*, II, Prefacio.

<sup>81</sup> Cfr. F. J. DUVERNOY, *op. cit.*, págs. 86-87.

Pero son otros dos los componentes de la *virtù* más señalados por los exégetas de Maquiavelo: la **fuerza** y la **astucia**, que son al mismo tiempo dos medios de actuación en pos del fin político buscado. De ellos nos ocupamos más adelante.

#### 4. Dialéctica *virtù-fortuna*: la ocasión

Sostiene Maquiavelo, como GUICCIARDINI, que tanto la *virtù* como la *fortuna* son necesarias en toda empresa política<sup>82</sup>. Pero, frente a la opinión de Tito Livio y de Plutarco, defiende que la grandeza de Roma se debió más a la primera que a la segunda, porque fue producto del valor de sus ejércitos y del sabio comportamiento que supo imprimirle sus primer legislador, Numa<sup>83</sup>.

Curiosamente, la *fortuna*, siempre cambiante, tornadiza, cumple una importantísima «función», si es que puede llamársela así, consistente en proporcionar la ocasión, la oportunidad de que se manifieste la *virtù*. Son constantes las referencias que hace Maquiavelo en este sentido<sup>84</sup>.

He aquí otro de los elementos claves en la teoría política maquiaveliana, al que nuestro autor dedicó, como a la *fortuna*, un poema: el *Capítulo de la Ocasión*. En él viene descrita la **ocasión** en continua agitación, sin reposo. La **Ocasión**, como personaje del poema, dice de sí misma que tiene alas en los pies para deslumbrar a los hombres a su paso y que oculta su pecho y su cara bajo sus cabellos para no ser reconocida cuando se presenta ante ellos. Lleva tras de sí el arrepentimiento de quienes no han sabido atraparla. «Tú mismo —impreca la **Ocasión**— mientras pierdes tu tiempo en hablarme, abandonado completamente a tus vanos pensamientos, no percibes, desgraciado, y no te das cuenta de que ya me he escurrido de entre tus manos».

Maquiavelo, él mismo lo confiesa, parece inclinarse algunas veces a reconocer la superioridad de la *fortuna* en la realidad política. Así lo dice en el texto citado del capítulo XXV de *El Príncipe*. Lo dice igualmente en diversas páginas de los *Discursos*. Veamos una de ellas, muy elocuente: «Se ve (a los hombres) la mayor parte del tiempo precipitados a la grandeza o a la ruina con una irresistible facilidad que les viene del cielo, según éste les ofrezca o les niegue la **ocasión** de ejercer su *virtù*». Y añade: «Tal es la marcha de la *fortuna*: cuando quiere conducir un proyecto a buen puerto,

<sup>82</sup> *Discursos*, I, 4; *Historias Florentinas*, III, 13, entre otros muchos pasajes. F. GUICCIARDINI: *Historia de Italia*, I, 1.

<sup>83</sup> *Discursos*, II, 1; cfr. también I, 4.

<sup>84</sup> *Ibidem*, I, 10; *El Príncipe*, VI y XX, entre otros lugares.

escoge a un hombre de espíritu y *virtù* tales que le permitan reconocer la **oportunidad** que se le ofrece. De igual modo, cuando prepara la quiebra de un imperio, sitúa a su cabeza hombres capaces de apresurar la caída; y si existe alguien lo bastante fuerte para detener esta caída, la **fortuna** lo hace masacrar o le niega los medios de hacer nada útil»<sup>85</sup>.

La **fortuna**, pues, gobierna el mundo, según parece, porque es ella la que proporciona o niega las ocasiones propicias, sin las cuales no hay oportunidad de ejercer la *virtù*. E, incluso habiéndola, ofrece o hurta los medios necesarios para actuar.

Lo dice, en fin, en una *Carta a Pedro Soderini*, sobrino del que fue primer magistrado de Florencia: «El hombre afortunado es el que tiene la suerte de encontrar el minuto propicio a su actuación; por el contrario, es infortunado aquel cuya actividad no se acomoda al tiempo ni a las circunstancias»<sup>86</sup>.

De aquí las diferencias que se observan en la historia: de dos hombres que se comportan de igual modo, uno alcanza su objetivo y otro no; viceversa: dos hombres que se comportan de modo diferente pueden obtener el mismo resultado. Y ello se debe a que los hombres no cambian mientras que la **fortuna** sí lo hace, mostrándose unas veces amiga y otras enemiga. «Ciertamente —añade Maquiavelo— quien fuera bastante sabio para conocer las circunstancias y el orden de las cosas y para adaptarse a ellas tendría siempre a la **fortuna** como amiga, o al menos se preservaría de la **fortuna** adversa, y sería entonces verdad que el sabio se impone a las estrellas y al destino. Pero, como no se encuentra tales sabios y los hombres son miopes y no saben mandar a su naturaleza, la consecuencia es que la **fortuna** cambia, se impone a los hombres y los somete a su yugo»<sup>87</sup>.

Sin embargo, Maquiavelo, como sabemos, no busca la pasividad del destinatario de sus escritos sino todo lo contrario. En efecto, cuando nuestro autor recobra el pulso de su discurso político, opone ventajosamente la *virtù* a la **fortuna** reduciendo las anteriores impresiones negativas a las relaciones de ésta con el común de los mortales, pero no con los grandes hombres, no con los príncipes virtuosos.

Ante la adversa **fortuna**, ante un río caudaloso desbordado, todos huyen, recordémoslo. Todos menos el príncipe que lo es de verdad, el príncipe que sabe adaptarse a las circunstancias en esos momentos, sin adoptar posturas rígidas que labrarían su perdición. Esta cualidad no abunda, pero sí la tienen los príncipes virtuosos.

<sup>85</sup> *Discursos*, II, 29.

<sup>86</sup> *Carta a Pedro Soderini*, escrita en septiembre de 1506.

<sup>87</sup> *Ibidem*.

«Al menor cambio de la *fortuna*... se las ve en seguida (a las almas débiles) pasar de un exceso a otro y mostrar la más vil cobardía. Por eso los príncipes de esta índole antes piensan en huir que en defenderse de la adversidad, como hacen un mal uso de la prosperidad, no saben guardarse de los reveses». En cambio, «la *fortuna* no puede nada contra los grandes hombres: su inconsistencia, que los encumbra y abate, no cambia la disposición y firmeza de espíritu de éstos, que son de tal manera inseparables de su estilo vital que cada uno se reconoce sin esfuerzo como inaccesible a los golpes de la fortuna»<sup>88</sup>.

Es la *virtù* la que confiere al gran hombre un papel activo en el gobierno del mundo, un protagonismo histórico. Con ello quiebra de nuevo la tesis de la circularidad histórica: en cualquier circunstancia puede surgir el príncipe virtuoso que, aprovechando la *ocasión*, provocándola él mismo, o encontrando ocasiones favorables en circunstancias desfavorables, sabe sobreponerse a la *fortuna* adversa, vencerla o transformarla en *fortuna* amiga y cambiar con ello el curso de los acontecimientos: «La totalidad o la mayor parte de los que han realizado grandes cosas en este mundo y han sobresalido entre los hombres de su tiempo han tenido un nacimiento o unos comienzos humildes y oscuros, o, al menos, muy contrariados por la *fortuna*».

Así, pues, *no hay empresa política imposible para un príncipe virtuoso que sabe encontrar la ocasión favorable o aprovecharla él mismo en medio de la más adversa fortuna*. Moisés supo encontrar la *ocasión* favorable cuando Israel era esclava de Egipto; Ciro la encontró cuando los persas soportaban la tiranía de los medos; Teseo supo hallarla cuando los atenienses estaban dispersos<sup>89</sup>. Y si éstos pudieron hacer tales cosas en circunstancias adversas, todos los demás obstáculos son sólo excusas de mediocres. «Los príncipes no deben quejarse de los defectos de su pueblo, porque éstos se deben o a su propia negligencia o a que ellos mismos tienen defectos semejantes»<sup>90</sup>.

La *virtù*, por consiguiente, no es sólo voluntad de poder, audacia, brío, capacidad de sufrimiento y perseverancia sino también inteligencia, cálculo, sabiduría. El *sapere político* maquiaveliano es, sí, saber mandar, pero esto exige al príncipe saber calcular los movimientos del acontecer político, hacerlo previsible para poder manejarlo (sirviéndose para ello de las predicciones racionales que le aporta la Historia y de las irracionales que le ofrecen los prodigios y signos celestes; todo vale). Como resultado, el *sapere político* implica saber mudar a tiempo con la *fortuna* y saber usar cuantos medios sean precisos para acomodarse a la *necesidad*<sup>91</sup>. Ginés

<sup>88</sup> *Discursos*, III, 31.

<sup>89</sup> *El Príncipe*, VI; Cfr., en igual sentido, XX y XXVI.

<sup>90</sup> *Discursos*, II, 29.

<sup>91</sup> Cfr. F. J. CONDE, *op. cit.*, págs. 74-78.

DE SEPÚLVEDA, en igual línea definió la *virtù* como «el poder o facultad inherente a una persona para conseguir un fin cualquiera propuesto»<sup>92</sup>.

Por lo demás, tan baja había caído Italia que, conforme a la teoría cíclica de la historia, necesariamente tenía que iniciar su ascenso. He aquí el rayo de optimismo dentro del pesimismo maquiaveliano<sup>93</sup>.

La unidad de Italia, empresa difícil donde las hubiere, era factible, por tanto. Sólo hacía falta que surgiera ese príncipe virtuoso tan esperado. ¿Habría de serlo el Médicis? Maquiavelo lo insta a ello apasionadamente:

«Del mismo modo... en el momento presente, para que sea apreciado el alcance de un genio italiano, ha sido necesario que Italia se vea más sometida que los persas, más dispersa que los atenienses, sin jefes, sin orden, vencida, saqueada, despedazada, esclavizada por los bárbaros (...) nuestra desgraciada patria gime aún y se consume en espera de un libertador (...) Pero ¿sobre quién podría Italia llevar sus ojos si no es hacia vuestra ilustre casa (...) No se debe consiguientemente dejar pasar esta **ocasión** a fin de que, después de una tan prolongada espera, Italia vea aparecer un redentor... ¿Qué pueblo le negaría obediencia?... ¿Qué italiano le negaría su homenaje?»<sup>94</sup>.

## 5. El fin y los medios: la necesidad

Acabamos de aludir a otros dos elementos básicos de la teoría política maquiaveliana: el **caso límite** y la **necesidad**, elementos que se unen por sí solos. Es en esas situaciones, en esos momentos decisivos, como lo son la fundación de un Estado, su reforma profunda, su salvación de la esclavitud, una guerra agónica frente a un ejército extranjero, cuando aflora el **fatalismo** de Maquiavelo. En esos momentos el príncipe se ve compelido a actuar en una determinada dirección necesariamente. La **fortuna**, de una parte, lo obliga a ello, y, de otra, le proporciona la **ocasión** de poner en práctica su *virtù*. Más aún: la *virtù* consiste en no volver la mirada ante una actuación necesaria.

La **necesidad** es un principio teórico-político extraído de la observación empírica de su tiempo y del estudio de la Historia. Admitido este principio, la mayor parte de las páginas de Maquiavelo pueden entenderse como una deducción de las exigencias de esa verdad política efectiva, que

---

<sup>92</sup> Cit. por J. A. MARAVALL, *Estudios*, op. cit., pág. 336.

<sup>93</sup> F. J. CONDE, op. cit., pág. 64.

<sup>94</sup> *El Príncipe*, XXVI.

se cifra en la relación de los cuatro conceptos-realidades que hemos examinado: *fortuna*, *virtù*, *ocasión* y *necesidad*.

En esos momentos decisivos, la *fortuna*, ya lo hemos visto, no llega a aniquilar a la *virtù*; pero ésta, para vencer o poder aprovechar la *fortuna*, ha de emplear necesariamente medios extraordinarios, como corresponde a la gravedad de la situación límite; medios que la sensibilidad del hombre privado rechaza como «malos». La necesidad aflora constantemente al pensamiento de Maquiavelo. Son abundantísimos los textos en que, enfrentado con esta cuestión, recurre el florentino a expresiones tales como «el príncipe *necesita*», «le es *Indispensable*», «se ve en la *precisión*», «se ve *forzado*», «cuando *no queda otro recurso*», «*no pudiendo evitar*», «*no podía conducirse de otro modo*», etc.

En esos momentos no hay posible elección. Lo único que interesa es el fin: desarticular la adversa *fortuna* o saber aprovecharla. Un espíritu sabio jamás condenará a nadie por haber empleado un medio extraordinario para enderezar una Monarquía o fundar una República. Lo deseable es que, si el hecho acusa, el resultado excuse. Si el resultado es bueno, será bien recibido. Tal fue el caso de Rómulo.

En los momentos decisivos todo está permitido, hasta la muerte de Remo, pues en tales circunstancias Remo actuaba como adversa *fortuna* de Rómulo, a la que éste opuso su *virtù* firme<sup>95</sup>. Y si la muerte del hermano está permitida, con cuánta mayor facilidad admitirá Maquiavelo otras faltas «menores» a la moral (privada), cuales son mentir, no cumplir las promesas ni los tratados, etc. Los medios no califican la acción política. «Dedíquese, pues, el príncipe a superar siempre las dificultades y a conservar su Estado. Si logra con acierto su fin, se tendrán por honrosos los medios conducentes al mismo...»<sup>96</sup>.

La crudeza de los medios viene exigida también por la mediocridad, la cobardía y la maldad de los hombres que ha de gobernar el príncipe. No olvidemos que todos huyen cuando el río se desborda. El príncipe debe partir de este supuesto<sup>97</sup>. Si se fia de las buenas palabras de sus súbditos y no toma más precauciones está perdido<sup>98</sup>.

No importa, pues, que los medios sean crueles. Mejor los procedimientos extremos que las medias tintas. Pero han de estar en función de un fin extraordinario, que es el que define una situación como caso *límite*. Como dice MEINECKE, Maquiavelo repudia el mero apetito de poder, la *brutta cupidità di regnare*<sup>99</sup>. El príncipe debe hacer buen uso de la crueldad

<sup>95</sup> *Discursos*, I, 9.

<sup>96</sup> *El Príncipe*, XVIII.

<sup>97</sup> *Discursos*, I, 3.

<sup>98</sup> *El Príncipe*, XVII.

<sup>99</sup> F. MEINECKE, *op. y ed. cit.*, pág. 44; Cfr. *Discursos*, III, 8.

y de la astucia; debe emplear los medios que lo llevan a su fin, no los inútiles y gratuitos <sup>100</sup>.

Los medios políticos específicos de que habla Maquiavelo son la fuerza y la astucia (las armas y el fraude). Sus símbolos, de claros antecedentes en la Antigüedad clásica, son el león y el zorro: el león para ahuyentar a los lobos y el zorro para detectar las trampas <sup>101</sup>.

La fuerza es esencial: «No se conciben leyes malas a base de armas buenas» <sup>102</sup>. Hasta tal punto es esto así, que nuestro autor ironiza sobre los profetas diciendo que los armados han sido siempre vencedores, mientras que los desarmados fueron siempre vencidos <sup>103</sup>. Y pone en boca de Castruccio Castracani la sentencia: «Dios es amante de los hombres valerosos, puesto que le vemos castigar siempre a los débiles por medio de los fuertes».

Más aún: Maquiavelo no puede sino reflejar en su obra la tónica superioridad masculina en el género humano a la hora de identificar la *fortuna* con el carácter voluble y tornadizo de la mujer y la *virtù* con la virilidad. Los pueblos se afeminan con una paz muy larga. La correlación guerra-virilidad es positiva y es negativa la que se establece entre paz y feminidad o afeminamiento. En el capítulo XXV de *El Príncipe* expone cumplidamente su opinión: «Soy de la opinión de que es mejor ser atrevido que prudente, porque la *fortuna* es mujer y es preciso, para someterla, batirla y golpearla. Se ve, por lo general, que ella se deja vencer antes por éstos (los que así se comportan) que por aquellos que la tratan fríamente. Por eso, porque es mujer, es siempre amiga de los jóvenes, ya que éstos son menos circunspectos y más violentos, y le dan órdenes con mayor audacia» <sup>104</sup>.

Pero la fuerza no basta por sí sola, «mientras que, por el contrario, se reconocerá que con frecuencia sólo hubo necesidad del fraude» <sup>105</sup>. De ahí la importancia de la apariencia, de la simulación y del disimulo. ¿Por qué ha de guardar el príncipe la palabra dada si los demás no están dispuestos a observar la suya?

Ahora bien, Maquiavelo no disfraza hipócritamente tales medios presentando lo malo como bueno <sup>106</sup>. Sabía perfectamente lo que aconsejaba y en algún momento se duele de que así sea la realidad política. Cuando emplea adjetivos como «bueno», «honroso» o parecidos para calificar me-

<sup>100</sup> *El Príncipe*, VIII y XVII; *Discursos*, I, 26.

<sup>101</sup> *El Príncipe*, XVIII.

<sup>102</sup> *Ibidem*, XII.

<sup>103</sup> *Idem*, VI.

<sup>104</sup> *Idem*, XXV.

<sup>105</sup> *Discursos*, II, 13. Sobre la astucia en Maquiavelo, cfr. J. BURNHAM, *op. y ed. cit.*, pág. 73.

<sup>106</sup> Cfr. F. MEINECKE, *op. y ed. cit.*, pág. 35.

dios violentos o fraudulentos es notorio que no está hablando en términos de moral sino en términos estrictamente políticos. Muchos otros autores antes de él referían abundantes casos moralmente repudiables; pero no pasaron de la enumeración casuística. La «peligrosidad» de Maquiavelo reside, como dice J. A. MARAVALL, en la elevación de todo ello a doctrina <sup>107</sup>, en construir con todo ello, añadamos nosotros, un modelo ideal de príncipe y una concepción autónoma de la política.

Así, pues, lo que parece innegable a Maquiavelo es la enorme distancia entre el **ser** y el **deber-ser** en lo concerniente a política <sup>108</sup>. Quiere ello decir, por consiguiente, que este problema está planteado y resuelto con nitidez, no con ofuscación sofística. Refiriéndose a las destrucciones y deportaciones que debe hacer el príncipe que entra en un Estado nuevo, dice:

«Pero estos arbitrios son muy crueles y contrarios a las ideas no sólo del cristianismo, sino también de la humanidad, por lo cual, viéndose precisado a abstenerse de ellas, todo hombre sensible y honesto prefiere vivir como particular antes de reinar sobre la ruina de tantas personas. Con todo, el que no limitándose a tan sabio partido quiera dominar un Estado nuevo, se ve obligado a realizar tamaño mal si quiere mantenerse contra viento y marea. Ciertas vías medias que algunos toman les son perniciosas, a causa de que no saben ser completamente buenos ni completamente malos» <sup>109</sup>.

## VI. DE LA CONSTRUCCIÓN DE UN MODELO IDEAL DE PRÍNCIPE AL IDEALISMO

Hora es ya de enfrentarnos con el problema del modelo ideal de príncipe. Para este cometido son pertinentes ciertas precisiones previas, algunas de las cuales han sido desarrolladas —o, al menos, aludidas— en epígrafes anteriores.

Maquiavelo cifra su método en la observación empírica de la realidad política de su tiempo y en el escudriñamiento de la Historia. Pero, dicho esto, inmediatamente es preciso señalar, según hemos estudiado más atrás, una limitación de esta toma de postura metodológica tal como la

<sup>107</sup> J. A. MARAVALL, *Estudios*, op. cit., pág. 337.

<sup>108</sup> *El Príncipe*, XV.

<sup>109</sup> *Discursos*, I, 26 (subrayados míos). En igual sentido, *Historias Florentinas*, III, 13.

practica nuestro autor: la observación de la realidad política coetánea se circunscribe a la italiana o relacionada con Italia; y, por su parte, el hurgamiento histórico se centra en Roma, con alguna excursión a Grecia, fundamentalmente a Esparta, su otro modelo republicano, y poco más. Es decir, que Maquiavelo limita su campo de observación, lo que legitima el cuestionamiento de las conclusiones que obtiene por ambas vías.

Maquiavelo, en cierto modo, traslada a Roma el mito de la Edad de Oro y anticipa la **polémica de los antiguos y los modernos**, que se desarrollaría en Francia a fines del siglo xvii y buena parte del xviii.

De otro lado, no sólo coloca en lugar privilegiado del *sapere politico* efectivo las previsiones racionales que, según cree o dice, aporta la Historia sino que, como hombre de su tiempo, con un pie todavía en el Medievo, da entrada a ciertos modos irracionales de predicción de esa potencia misteriosa que es la **fortuna**. A la postre, son las intuiciones geniales, proféticas, del príncipe, ayudado por todos los medios a su alcance, científicos o no, las que pueden prever los caprichos de la diosa pagana <sup>110</sup>.

En fin, tanto la Historia como la observación de la realidad política italiana alimentaron en el inquieto espíritu del florentino un acentuado pesimismo antropológico y un no menos patente relativismo axiológico. El **pesimismo**, como hemos comentado, le hacía preferir el gobierno de uno solo en los momentos políticos decisivos. El **relativismo** axiológico lo llevó a una concepción autónoma y retórica de la política. Ambas vías desembocan en la construcción de un modelo ideal de príncipe.

## 1. Modelos y antimodelos históricos y coetáneos

Como, por muchos mensajes republicanos, expresos u ocultos, que quepa encontrar en la obra maquiaveliana, no se puede confiar en el pueblo, vulgo o canalla (al menos en las situaciones extraordinarias), la clave de toda empresa política reside en encontrar un príncipe virtuoso y un modo de organización política adecuado. La Historia le ofrece lo uno y lo otro: Ciro, Moisés, Rómulo, Teseo... y Roma, la Roma republicana, cuyas instituciones, cuya «constitución», le parece perfecta al florentino, como ya hemos tenido ocasión de subrayar.

No hay contradicción entre ambas apreciaciones. El término **príncipe** significa en Maquiavelo algunas veces el jefe de un Estado monárquico o Principado, pero en la mayoría de sus páginas es el político que encarna el

<sup>110</sup> Cfr. F. J. CONDE, *op. cit.*, págs. 77-78.

poder de modo personal y absoluto en el Estado, sea éste monárquico o republicano. Así, pues, también se puede ser príncipe de una República.

Más aún: las situaciones políticas importantes únicamente pueden ser abordadas con garantías mediante el gobierno de uno solo, se trate de Principado o de República: «Es preciso establecer como regla general que jamás, o muy raramente al menos, se ha visto una República o una Monarquía constituirse bien desde sus orígenes, o ser después totalmente reformada, si no lo ha sido por un solo individuo; es igualmente necesario que quien ha concebido el plan provea, él solo, los medios de ejecución»<sup>111</sup>.

Una vez constituido el Estado, bien puede gobernarse de un modo menos personal y absoluto, pero ello no obsta a la tesis anterior; antes bien, la presupone: «Sucede ciertamente, aunque es raro, que la ciudad alumbró un hombre sabio, íntegro, poderoso, el cual, mediante leyes, suaviza los odios entre el pueblo y la nobleza, o al menos los amordaza impidiéndoles morder; solamente entonces se puede decir que la República es libre y goza de un gobierno firme y seguro, puesto que, gracias a la excelencia de su "constitución" y de sus leyes, no tiene necesidad, como otras ciudades, de fundar su salvación sobre la *virtù* de un hombre solo»<sup>112</sup>. Pero este magnífico resultado republicano es, a su vez, como se ha visto, obra de un príncipe.

Cierto es que, según hemos comentado más arriba, hay oportunismo político en Maquiavelo cuando manifiesta o deja entrever en sendas obras sus preferencias monárquicas (*El Príncipe*) o republicanas (*Discursos*), o las alterna en una misma obra (*Historias Florentinas*). Pero no hay contradicción: cada forma política es preferible en circunstancias políticas diferentes.

A los príncipes antiguos dignos de tal nombre ha de sumarse el coetáneo César Borgia, cuya *virtù* canta Maquiavelo en *El Príncipe* y del que señala un único lunar: no haber impedido la elección del Papa Julio II. No faltan menciones de los reyes de Francia Luis XII y Francisco I, como tampoco del español Fernando el Católico, pero siempre muy por debajo del Borgia.

Este *condottiero* fue la encarnación más aproximada del modelo, pero fue, sobre todo, la figura histórica de la que Maquiavelo obtuvo la idea y los rasgos que le sirvieron para su construcción teórica. Lo conoció muchos años antes de escribir *El Príncipe*, con ocasión de dos legaciones que lo condujeron hasta él en defensa de los intereses florentinos, que no eran precisamente los de Borgia. Era, pues, su adversario político, lo que, sin embargo, no impidió su rendida admiración. Como comenta DUVERNOY,

<sup>111</sup> *Discursos*, I, 9.

<sup>112</sup> *Historias Florentinas*, IV, 1. Entrecorrimo el término *constitución* por su muy diferente significado del que le atribuye la actual Ciencia Jurídica.

fue por comparación con este gigante de la *virtù* como percibió el enanismo de los burgueses que por entonces gobernaban Florencia. La adversa *fortuna* hizo que tuviera que oponerse, en lugar de servir, al único príncipe que hubiera podido unificar Italia <sup>113</sup>.

Sin embargo, como ha anotado F. J. CONDE, ninguno de estos príncipes fue el príncipe ideal sino representaciones más o menos acabadas de alguna de las múltiples facetas de la sabiduría política. «El ideal de la sabiduría maquiavélica no fue determinado por un personaje real, sublimado y quintaesenciado, sino fruto de una teoría del saber (político)» <sup>114</sup>.

Por lo que concierne a las formaciones políticas modélicas, ya hemos dicho que Maquiavelo destaca sobre todas la República romana. También, en un nivel inferior, Esparta. Ambas sobrepasan claramente a la coetánea República de Venecia. Entre los principados, prefiere la Monarquía francesa, que Maquiavelo enfrenta ventajosamente al Imperio alemán. Lo que le fascina de Francia es, como anota N. BORSELLINO, el creciente poder territorial y administrativo del monarca y la obediencia de la nobleza. Lo que le repele del Imperio germánico es su fraccionamiento en una multiplicidad de feudos y de comunidades ciudadanas y su deficiente control por parte del emperador Maximiliano, que era un príncipe irresoluto <sup>115</sup>.

## 2. Concepción autónoma y retórica de la política

En el apartado anterior hemos podido apreciar las preferencias maquiavelianas por unos u otros príncipes o regímenes, históricos o renacentistas, pero no una construcción teórica de modelos o tipos ideales a la weberiana. En el retrato de Castruccio Castracani ya se acerca más a esta intencionalidad científica y política: no le importa falsear deliberadamente los hechos y las cualidades de este tirano de Lucca de principios del siglo XIV, para pintar un héroe o príncipe histórico que se ajustara al retrato sin rostro que de este modelo hace en su obra *El Príncipe*. Es aquí donde debemos encontrar la construcción del modelo, la descripción de las cualidades que deben adornar al príncipe, que, a mi juicio, pueden resumirse en una sola: la *virtù*. Como habremos de reiterar más adelante, el modelo ideal de príncipe maquiavélico es el precipitado de su obra *El Príncipe*. Los demás son meros ejemplos históricos, míticos, legendarios o deliberadamente falseados para que encajen más o menos en el modelo.

<sup>113</sup> F. J. DUVERNOY, *op. cit.*, pág. 251.

<sup>114</sup> F. J. CONDE, *op. cit.*, pág. 119.

<sup>115</sup> N. BORSELLINO, *Machiavelli*, Bari 1973, pág. 51-52.

De todos modos, por lo que interesa al presente trabajo, Maquiavelo no hace ni de los príncipes reales o imaginarios ni del modelo ideal un estudio caracteriológico completo; sólo le interesan sus cualidades políticas, su *virtù*. Ello nos hace retomar una de las consecuencias antes apuntadas del análisis político maquiaveliano: el **relativismo axiológico**, que le hace sustentar una **concepción autónoma de la política**.

La política, ya lo hemos visto, **no sigue reglas** éticas ni religiosas sino sus propios dictados, su propio *logos*, su propia razón, que es el producto, siempre cambiante de la *fortuna*, la *ocasión*, la *necesidad* y la *virtù*. Pero, por ser cambiante el *logos* político (la **razón de Estado**) siempre cambiante, el príncipe debe estar preparado para todo, para una cosa y para la contraria, y saber estar en todo momento —o saber aparentarlo— a la altura de las circunstancias.

De aquí que, con frecuencia, Maquiavelo dé el paso a una **concepción retórica de la política**: en política, más que los vicios y las virtudes, interesan los discursos que sobre unos y otros hacen los protagonistas; la mayor cualidad del príncipe es saber usar el utillaje político según la necesidad; mejor que ser cruel o generoso es ser tenido por tal y saber serlo, o no, según la circunstancia lo requiera <sup>116</sup>.

«No es necesario, por consiguiente, que el príncipe posea todas las cualidades antes mencionadas, pero es muy importante que aparente poseerlas. Seré franco: poseerlas y practicarlas siempre es peligroso, pero es útil aparentar que se las posee. Así, pues, está muy bien parecer compasivo, leal, humano, sincero y religioso, y también serlo; pero hay que tener la mente tan abierta y disponible que, cuando sea necesario actuar de otro modo, se pueda cambiar a las cualidades opuestas» <sup>117</sup>.

Reflexionando sobre todo ello, hago más las palabras de F. J. CONDE, escritas hace más de cuarenta años: «la clave real de Maquiavelo, y acaso también una de las cifras del Estado moderno, es la Retórica» <sup>118</sup>.

<sup>116</sup> F. J. DUVERNOY, *op. cit.*, pág. 81.

<sup>117</sup> *El Príncipe*, XVIII.

<sup>118</sup> F. J. CONDE, *op. cit.*, págs. 11.

### 3. Modelo ideal, voluntarismo e idealismo

Estas últimas consecuencias determinaron al florentino a diseñar la figura de un príncipe que uniera a su gobierno singular una práctica de la política como dimensión autónoma de la vida humana, regida por su propio *logos* y despegada de los consejos de los filósofos y las normas de los predicadores; un príncipe que, más que ser bueno o malo, sepa ser lo uno y lo otro según sea necesario <sup>119</sup>. La **clave está**, por consiguiente, en el **saber político** práctico y real, no en el imaginado por los filósofos.

En una palabra: Maquiavelo construye un **modelo ideal de príncipe**, el único que puede alcanzar el cénit de la política según el florentino: depender de sí mismo y no de los demás. Así fue Castruccio Castracani: amable y terrible, justo y desconfiado, astuto y fuerte, audaz y prudente.

La acuñación de tipos ideales no está reñida ni con una gnoseología «realista» ni con una metodología empirista, a condición, claro está, de que no se olvide que esos tipos son mentefacturas, están abstraídos de la realidad, pero no son la realidad misma.

Maquiavelo abstrae de la realidad política histórica y coetánea sus rasgos más picudos, su fisonomía más aristada, que es, ciertamente, la más sobresaliente, pero que no es la única. Maquiavelo sostiene una concepción de la política que, además de autónoma y retórica, es laica, taimada, guerrera, heroica. Lo mismo para fundar o adquirir Estados que para conservarlos, la política maquiavélica es una sucesión continua de situaciones límitas que requieren la muerte de Remo, de todos los Remos que se ponen enfrente. La política maquiavélica ordinaria se hace siempre con medios extraordinarios <sup>120</sup>.

El príncipe maquiavélico es el idóneo para hacer esa política. Ahora bien, si la verdad efectiva de la política, la única política realmente existente, es la que Maquiavelo describe, entonces el único príncipe digno de este nombre es el propuesto por el florentino.

Hasta aquí, nada hay que no se corresponda con el método de construcción de tipos ideales. Definido un tipo ideal, poco o nada importa que se dé o no se dé en la realidad. Incluso lo normal es esto último. Pero Maquiavelo tuvo más suerte: encontró en la Historia —o en el mito, o en la leyenda— un buen puñado de príncipes virtuosos; los demás, por no ajustarse al tipo ideal, no merecen cabalmente el nombre de príncipes: son príncipejos o aventureros.

La clave del problema se cifra en las razones por las que Maquiavelo hace la reducción que hace de la política. No olvidemos que él quiere construir una teoría de y para la acción política. El científico Maquiavelo hace

<sup>119</sup> *El Príncipe*, XXV.

<sup>120</sup> Cfr. mi libro *Ética y Poder*, Madrid 1974, págs. 83-86; y L. STRAUSS, *op. cit.*, págs. 51-52.

una tal reducción de la realidad política porque el político Maquiavelo quería esa política como la única que podía resolver el problema italiano. Y es que, si el esqueleto de la obra maquiaveliana está constituido por su método histórico-empírico, por muchos reparos que pueda hacerse, su sistema circulatorio, que irriga y alimenta la obra toda, es su opción política en favor de la unidad italiana.

Maquiavelo, en el desempeño de funciones políticas, hubo de cumplir como funcionario y político al servicio del Gobierno de Florencia. Pero, como ideólogo, como autor de obras de pensamiento y proyección política, tomó posiciones que eran más fruto del sueño y del deseo que extrapolación de los datos empíricos de la realidad política del momento, bien que Maquiavelo supiera argumentarlos con la aparente frialdad del bisturí analítico.

Que no todo es análisis científico y lógica deductiva lo prueban la ya anotada entrada de la magia y de la Astrología en el *sapere político* maquiaveliano y la facilidad con que el secretario florentino muestra inclinaciones monárquicas o demorrepublicanas según la coyuntura en la que escribía una obra (o algunas de sus partes) y su destinatario político. El oportunismo político, de las obras maquiavelianas desmiente su aséptico cientifismo. Maquiavelo construye una teoría de y para la acción política. Sus obras son, ellas mismas, acciones políticas.

No es de extrañar por eso que estén nutridas —sobre todo *El Príncipe*— de un acusado voluntarismo y un no disimulado profetismo: Maquiavelo quiere argumentar la superioridad de la *virtù* sobre la *fortuna* para hacer creíble la viabilidad de la empresa política que propone; hecho lo cual, cree advertir, quiere advertir, que se daban en su tiempo las condiciones políticas necesarias y suficientes para acometer dicha empresa, porque cree y quiere detectar en la realidad política de la Florencia de sus días, los signos favorables que anunciaban la nueva era.

El *volò* es el punto de partida de la teoría política de Maquiavelo, lo mismo que unos años más tarde Descartes hizo del *cogito* el punto de partida de su sistema filosófico racionalista. La voluntad de ser, de emprender, de poder, es el primer signo de *virtù*, de una *virtù* capaz de adaptarse u oponerse con éxito a la *fortuna*. Sólo con esa voluntad puede acometerse con garantías una empresa política.

Ahora bien, el *cogito* cartesiano no trasciende al propio filósofo. Por eso éste habla en primera persona: «Pienso, luego existo». En cambio, el voluntarismo maquiaveliano se produce en un doble plano. Como ideólogo, Maquiavelo quiere construir una teoría al servicio de un proyecto político y lo hace. Pero él no es príncipe, no puede llevar a término la empresa política en primera persona; por eso se dirige con toda solemnidad y seriedad a Lorenzo de Médicis como diciéndole profético: «Quiere y podrás».

He aquí, al fin, el punto de convergencia de todo lo estudiado hasta ahora: el científico de la política termina al servicio del político y del ideólogo. Pues, en efecto, el científico Maquiavelo, observador de la realidad política y estudioso de la Historia, con poca o nula fe en los hombres y en los valores, termina construyendo el modelo ideal de príncipe que necesitaba el ideólogo Maquiavelo para persuadir al Médicis de la viabilidad de la empresa italiana.

Castruccio Castracani está «creado» o «inventado» por Maquiavelo deformando deliberadamente al personaje histórico para hacerlo coincidir con su modelo ideal de príncipe. Los príncipes traídos a colación por el florentino (históricos unos, sí, pero legendarios y míticos otros) están igualmente idealizados para hacerlos ser lo que Maquiavelo quería a fin de ofrecerlos como ejemplos al Médicis.

GRAMSCI califica de utópica la obra más conocida de nuestro autor porque, después de construir un modelo abstracto de príncipe que no existe ni ha existido en la historia, hace una invocación a un príncipe real para que encarne ese modelo ideal y realice la empresa política que le demanda su pueblo. Pueblo que, por lo demás, no le pedía nada de eso al Médicis. Es decir: es el propio Maquiavelo el que cree erigirse en conciencia del pueblo cuando plantea al príncipe florentino el problema italiano como si fuera una necesidad comúnmente sentida <sup>121</sup>.

A mi juicio, siendo esto cierto, no hace de *El Príncipe* una obra utópica. *El Príncipe* es una laboriosa construcción de un modelo ideal a través de veinticinco capítulos y, como también aduce el propio Gramsci, un **manifiesto político**, contenido en el capítulo final, un proyecto político, una llamada apasionada a la acción.

Es esta opción política, este proyecto, el que guía y condiciona la teoría hasta el punto de que ésta deforma la realidad para hacer plausible su propuesta política. De ahí la idealización de Roma como República perfecta a base de seleccionar hazañas, optimizar virtudes y orillar defectos. De ahí el «maquillaje» de Castruccio Castracani. De ahí, como ha visto con precisión G. SASSO, su oposición voluntarista a la situación fáctica italiana en manos de fuerzas —Francia, España, Alemania— muy superiores a las de los Médicis, aunque para ello se viera necesitado de oponer «historias» oportunamente seleccionadas a hechos incontestables y de darle a todo ello, además, una formulación «científica» <sup>122</sup>.

Esta deliberada deformación o conformación previa de la realidad para que «permita» la construcción de un determinado esquema teórico y

<sup>121</sup> A. GRAMSCI: *Note sul Machiavelli, sulla politica e sullo stato moderno*, Turín 1949, traducción francesa «*Note sur Machiavel*», en *Oeuvres choisies*, París 1959, págs. 182-183.

<sup>122</sup> G. SASSO: *N. Machiavelli, storia del suo pensiero politico*, Bolonia 1980, pág. 431.

de un tipo ideal de príncipe es idealismo. Se trata de un idealismo políticamente interesado, de un idealismo ideológico.

Es verdad que no puede pedirse a un autor de comienzos del siglo XVI, a un autor que está rompiendo los moldes de acercamiento científico a la política, la nítida observación de la línea divisoria entre las exigencias de la ciencia y las demandas de la política. Pero, con ser cierto esto último, quienes estudiamos al florentino casi quinientos años después no nos vemos eximidos de la obligación de examinar su obra rigurosamente y mostrarla tal cual es, no como nos ha legado la leyenda.

## VII. TEORÍA POLÍTICA DE LA SOCIEDAD Y TEORÍA SOCIOLÓGICA DEL ESTADO

La modernidad de Maquiavelo no se limita a su concepción autónoma y laica de la política ni a la construcción de un modelo ideal de príncipe, con ser todo ello altamente significativo en la evolución de esta parcela del saber humano. Otro de los pasos adelante dados por el florentino para la emergencia de una Ciencia Política, más ocupada en los hechos que en la Filosofía y en la Teología, es su atención a los factores que inciden en el orden político. Tales son, por ejemplo, la religión, el clima y la naturaleza del suelo, pero, sobre todo, la existencia, siempre, de diversos estratos sociales. Es por eso legítimo, según creo, ver en la obra maquiaveliana, junto a una teoría política de la sociedad, un anticipo bastante consistente de teoría sociológica del Estado. A ello va dedicado este último epígrafe.

### 1. La sociedad política y el Estado como creación del príncipe <sup>123</sup>

Maquiavelo concibe en ocasiones el origen de la sociedad política como una aplicación de la teoría aristotélica de la materia y la forma. El **pueblo** (Maquiavelo emplea este término, que acaso debiéramos transcribir por **población**) es la materia, materia bruta, susceptible de recibir una forma política. Sólo cuando esto sucede estamos ante una sociedad política.

Este es el sentido en el que habla cuando dice que el pueblo romano (la población ubicada en aquel concreto sector del Lacio) fue la materia en

---

<sup>123</sup> Para todo este apartado, cfr. F. J. DUVERNOY, *op. cit.*, págs. 61, 97-122 y 205-208.

la que Numa imprimió una nueva forma <sup>124</sup>, o cuando dice que en Italia hay materia para poder introducir en ella la forma que se quiera mediante leyes y ordenanzas concebidas y fundadas con grandeza <sup>125</sup>.

¿Cómo sucede esa recepción de la forma por la materia o esa ordenación de la materia por la forma?

En un pasaje de los *Discursos* Maquiavelo formuló un origen contractual de la sociedad <sup>126</sup>. La singularidad y brevedad de texto impiden una interpretación pactista del florentino. Pero debe quedar constancia del hecho, así como de un par de precisiones dignas de interés:

- a) Hay un solo pacto, el pacto político, cuya celebración comporta la salida del estado natural y el ingreso en el estado social.
- b) La forma política adoptada en ese pacto es el gobierno de uno solo: «En un principio se eligió el más fuerte y valeroso; después, al más sabio y justo».

Pero indudablemente la explicación preferida por Maquiavelo es la que hace a la sociedad producto de la *virtù* fundadora de un príncipe. Éste —príncipe, demiurgo, profeta, héroe— es el enviado de la *fortuna* para poner orden en el caos, para infundir una forma política a la población dispersa, débil e indefensa: «Jamás —o raramente, al menos— se ha visto constituir bien desde sus orígenes una República o una Monarquía, o reformarlas totalmente después, si no ha sido obra de un solo individuo...» <sup>127</sup>.

El acto fundacional es político, singular y desigual. Consiste en la asunción del poder por el príncipe. Pero es evidente que este acto ha de tener lugar en relación a una población, que queda, de ese modo, políticamente ordenada. En Maquiavelo, no es que la sociedad civil segregue un orden político sino al contrario: sólo hay sociedad civil cuando un acto político da forma social a una población disgregada, y sólo sigue existiendo como tal mientras y en la medida en que el poder político la sostiene en ese orden. Algo semejante ocurre con la teoría pactista de Hobbes, como veremos en un capítulo ulterior.

Por tanto, la nación —si es lícito referir este término a Maquiavelo, lo cual resulta dudoso— es obra del príncipe. Antes de recibir un determinado orden en el acto político fundacional sólo hay materia inerte, una población social y políticamente informe.

---

<sup>124</sup> *Discursos*, I, 11.

<sup>125</sup> *El Príncipe*, XXVI.

<sup>126</sup> *Discursos*, I, 2.

<sup>127</sup> *Ibidem*, I, 9.

## 2. El Estado y el orden. Concepción organicista del Estado

Como las cosas humanas siempre están en movimiento y los hombres tienden naturalmente al desorden, incumbe al príncipe infundir un orden en el caos inicial de la población y mantener ese orden después. El orden es, según se desprende de todo ello, el principio y la meta del Estado <sup>128</sup>.

Aunque, al decir de J. A. MARAVALL, Maquiavelo no termina de perfilar el concepto de Estado <sup>129</sup>, utiliza ya este término en un sentido más próximo al que hoy le damos que al medieval. Él está viviendo la época de aparición de nuevas formas políticas —los Estados nacionales— y el declive del Imperio, que, a sus ojos, no es sino un Estado más <sup>130</sup>.

El Estado no es ya el estado, orden o estamento en el que vive un sector de la población junto o frente a otros estados, órdenes o estamentos. El Estado es para Maquiavelo la organización política estable (o con pretensiones de serlo) de todo un país y de toda su población, apoyada en un poder político efectivo.

Los hombres, dejados a su libérrima iniciativa, se mueven por las pasiones. El príncipe no sólo ha de atemperar la *fortuna* y acomodarse a ella, para después vencerla, sino también frenar las pasiones de los súbditos si es que quiere alcanzar el orden estatal. Incluso cabe entender que las pasiones desordenadas de los súbditos son una —una más— de las formas en que la *fortuna* se manifiesta.

El Estado es orden estable, aunque también dinámico. Por eso, uno de los ingredientes más interesantes del saber político del príncipe es el de medir la calidad del «material» humano que ha de manejar en el Estado y aplicarle las medidas proporcionadas: si hay igualdad y no mucha corrupción, puede dejarse libertad; en caso contrario, el príncipe debe sujetar fuertemente las riendas y no retroceder ante ninguna medida que le parezca adecuada <sup>131</sup>.

F. J. CONDE interpreta que la teoría maquiaveliana no lo es de los «casos de excepción» o de los «estados de necesidad» <sup>132</sup>. A mi juicio, cabe esta interpretación si entendemos dichas locuciones en el sentido jurídico-constitucional de los dos últimos siglos; entre otros motivos, porque Maquiavelo no escribe como constitucionalista ni le era dado hacerlo así casi tres siglos antes del advenimiento del régimen constitucional. Pero está en

<sup>128</sup> Cfr. F. J. CONDE, *op. cit.*, págs. 47-51.

<sup>129</sup> J. A. MARAVALL, *Estado moderno y mentalidad social, op. cit.*, pág. 43.

<sup>130</sup> Cfr. G. USCATESCU, *op. cit.*, págs. 91-95.

<sup>131</sup> F. J. CONDE, *op. cit.*, págs. 79-83 y 95.

<sup>132</sup> *Ibidem*, pág. 83.

la lógica de su teoría de y para la acción política, como lo está en la lógica y práctica del absolutismo, que el poderoso plantee sus actuaciones políticas como casos límites en los que se ve obligado, forzado, necesitado de obrar sin concesiones a la moral, ni al Derecho ni a nada que no sea el éxito de la operación que acomete. El orden estatal exige, consiste en, es **razón de Estado**.

El orden estatal no se alcanza con actuaciones esporádicas e inconexas del príncipe sino con un plan racional y metódico que consiga que aquella primera población dispersa actúe como un ejército, como una unidad colectiva disciplinada, presta a combatir al enemigo y a vencerlo. El Estado, por ende, debe ser centralizado, frente al anárquico pluriverso feudal <sup>133</sup>.

Maquiavelo, junto al símil del ejército, acude al del cuerpo compuesto, al del organismo vivo, al del cuerpo humano. Sustenta, pues, una concepción naturalista y organicista del Estado, del orden estatal. El Estado, como organismo vivo, nace, crece, enferma, sufre crisis, mejora a veces y, finalmente, muere <sup>134</sup>. No otra cosa habían dicho escritores políticos anteriores, como Juan de Salisbury, Marsilio de Padua y Nicolás de Cusa, pero el florentino desarrolló dicha concepción de forma más acabada <sup>135</sup>.

### 3. La religión como instrumento político

La preocupación maquiaveliana por la religión es continua en su obra, y no sólo porque aprecia en los Estados Pontificios una rémora de la unidad italiana. Maquiavelo ve perfectamente que la religión es un factor primerísimo de cohesión social. De ahí la importancia de la unidad religiosa en el Estado y el peligro que para éste significa todo cisma o simple herejía <sup>136</sup>.

De nuevo es Roma el modelo: la religión romana era pagana y cívica; imbuía en los ciudadanos el culto a la *civitas*.

Pero esto mismo hace de la religión un formidable *instrumentum regni*, un elemento indispensable del orden estatal. Los grandes príncipes (Licurgo, Solón, Numa) recurrieron a la religión para allanar las dificultades políticas <sup>137</sup>. Porque la religión, bien manejada, además de ser factor de

<sup>133</sup> F. J. CONDE, *op. cit.*, págs. 92-98.

<sup>134</sup> *El Príncipe*, VII y XII. *Discursos*, I, 27; II, 30; III, 1 y 31. *Historias Florentinas*, II, 2; V, 18.

<sup>135</sup> Cfr. G. USCATESCU, *op. cit.*, pág. 95; y G. PREZZOLINI, *op. cit.*, pág. 16.

<sup>136</sup> *Discursos*, I, 12.

<sup>137</sup> *Ibidem*, I, 11 y 12.

cohesión social y política, lo es de sometimiento y obediencia al poder. En caso contrario, cuando religión y Estado apelan a fidelidades diferentes y no las ponen de acuerdo, el pueblo se encuentra permanentemente dividido. Ése ha sido el papel negativo del cristianismo en Italia, concluye Maquiavelo <sup>138</sup>.

#### 4. La sociedad conflictual

No vamos a detenernos en otros factores de importancia política, como el clima o la naturaleza y fertilidad del suelo. Maquiavelo les hace unas magras alusiones sin apenas detenerse en ellos <sup>139</sup>. Baste, pues, esta breve mención como anticipo de lo que habrían de hacer Bodino y, sobre todo, Montesquieu.

Mayor significación tiene en la obra de Maquiavelo —y también en la construcción de la Ciencia Política— las más frecuentes referencias a la diversidad de estratos sociales existente en todo país, si bien el florentino mantiene todavía una concepción más estamental que clasista de los mismos.

Son dos estos niveles sociales: la aristocracia y el pueblo; y se encuentran en tensión permanente. Lo interesante del análisis maquiaveliano es que esta tensión, este conflicto social, no es algo pernicioso sino útil: «En toda República hay dos partidos: el de los grandes y el del pueblo; y todas las leyes favorables a la libertad nacen de su oposición» <sup>140</sup>.

De nuevo es inevitable el recuerdo de Roma, modelo de República conflictual para Maquiavelo. La República se mantuvo gracias precisamente a la permanente oposición entre nobleza y plebe <sup>141</sup>, cada una de las cuales logró tener sus instituciones representativas: el Senado y los tribunos.

Con ello, dice N. BOBBIO, Maquiavelo atisba la concepción moderna de sociedad civil <sup>142</sup>. En la reducción, en última instancia, de los estratos sociales a sólo dos, Maquiavelo parece estar anticipando a Marx. En el tratamiento del conflicto parece estar haciendo otro tanto respecto del estructural-funcionalismo: la solución no vendrá de la lucha de «clases» sino de la institucionalización del conflicto social y su consiguiente control por

<sup>138</sup> *Discursos*, I, 12.

<sup>139</sup> *Cfr. Ibidem*, I, 1., e *Informe sobre las cosas de Francia*.

<sup>140</sup> *Discursos*, I, 4.

<sup>141</sup> *Ibidem*, I, 4, e *Historias Florentinas*, Prefacio.

<sup>142</sup> N. BOBBIO, *La teoría de las formas de gobierno en la Historia del pensamiento político*, edic. castellana, México 1987, pág. 78.

parte del Estado. Si no se hace así, los odios «recurren a la violencia, ruina de las repúblicas. Por el contrario, nada hará tan firme y segura a una República como la canalización, por así decirlo, mediante la ley, de los humores que la agitan» <sup>143</sup>.

Lamentablemente, Maquiavelo no mantuvo posiciones constantes en este problema, central en toda Ciencia Política. En otras ocasiones sostuvo que esta oposición entre nobleza y pueblo fue la causante de todos los males en las repúblicas y de la permanente desunión entre Roma y Florencia <sup>144</sup>. Pero de nuevo hemos de poner el acento más en el avance que significa la moderna y realista reflexión de Maquiavelo en torno a la naturaleza conflictual de toda estructura social que en el fácil reproche de infidelidad para con dicha concepción.

## 5. Teoría sociológica de las formas políticas. Los principios de los gobiernos

Cuando Maquiavelo aborda la tipología de las formas políticas lo hace instalado en una cómoda y doble tradición. De un lado, acoge la distinción de seis especies de gobiernos, equivalente a la clásica tipología trimembre y sus correspondientes corrupciones. De otro, se hace eco igualmente de la «anaclosis» polibiana o teoría de la sucesión cíclica de los gobiernos: el Principado deviene tiranía; la tiranía será derrotada por la rebelión de los mejores ciudadanos, que constituirán una Aristocracia; ésta degenerará en tiranía de unos pocos; la cual, a su vez, será derrocada y sustituida por un gobierno popular; el gobierno popular degenerará en estado de licencia, el cual tendrá su fin a manos de un nuevo príncipe <sup>145</sup>.

Maquiavelo, sin embargo, se separa realistamente de Polibio en que el punto final de un ciclo no coincide con el inicial punto de partida, según hemos visto en un epígrafe anterior: la degeneración de los gobiernos los llevan a ser avasallados por un Estado vecino más fuerte <sup>146</sup>.

Pero otras veces nuestro autor hace una clasificación dicotómica, más moderna y acorde con el curso de los tiempos. Según esta otra clasificación, los Estados son principados o repúblicas.

<sup>143</sup> *Discursos*, I, 7.

<sup>144</sup> *Historias Florentinas*. III, 1.

<sup>145</sup> *Discursos*, I, 2.

<sup>146</sup> Cfr. epígrafe 3.2 («Fijismo y cambio») de este mismo trabajo; y N. BOBBIO, *op. cit.*, págs. 72-75.

Bien es verdad que Maquiavelo hace sucesivas subdistinciones. Así, los principados pueden ser heredados o conquistados. En los primeros, la autoridad puede estar templada por la nobleza, las leyes y el Parlamento (su modelo es Francia), o bien la autoridad despótica designa los ministros de entre sus siervos (su modelo es Turquía). Los principados adquiridos por conquista se tienen que asentar en la fuerza, en la astucia y en la ausencia de límites del poder regio (el modelo de príncipe conquistador era César Borgia). A su vez, las repúblicas pueden ser aristocráticas, como Florencia; democráticas, como Venecia; o mixtas, como lo fue Roma.

En el fondo, como veremos igualmente en Montesquieu, esta novedosa clasificación de los gobiernos (= Estados) encierra la tipología clásica de Monarquía, Aristocracia y Democracia. Las novedades se centran en:

- a) Hacer de las dos últimas sendas subespecies de la República. Algo tienen en común para Maquiavelo, precisamente que no son Principado que la voluntad soberana corresponde a más de uno, sean varios o muchos <sup>147</sup>.
- b) Añadir el subtipo de la Monarquía conquistada, adición escasamente científica, pues todas las monarquías lo han sido antes de ser hereditarias, y acaso nuevamente oportunista puesto que sugiere esta forma monárquica al Médicis para la gran empresa italiana.

En cambio, el añadido de la República mixta tiene precedentes en el gobierno mixto, de rancia raigambre clásica.

Así, pues, no obstante la novedad formal de esta tipología maquiaveliana y su mayor realismo, no es en ella donde reside la mejor aportación de nuestro autor en este punto, a pesar de ser la más comentada en tratados y monografías. Tampoco debemos detenernos, en un estudio como éste, en las preferencias del florentino por una u otra forma política, cuestión de la cual algo hemos dicho, sin embargo.

Más reseñable es el relativismo sarcástico y descarnado al que aboca después de explicar la sucesión cíclica de las formas políticas: «Opino, por tanto, que todas estas especies de gobierno son defectuosas: las que hemos calificado como buenas duran poco y las otras son malas» <sup>148</sup>.

---

<sup>147</sup> Cfr. N. Bobbio, *op. cit.*, pág. 65, el cual, por el contrario, confiere a esta clasificación un alcance científico mucho mayor.

<sup>148</sup> *Discursos*, I, 2.

De otro lado, Maquiavelo sostiene los conceptos de Monarquía y República como tipos o modelos ideales y repudia las formas intermedias. «La causa de los frecuentes cambios de instituciones en Florencia consiste en no haber sido nunca ni republicanas ni monárquicas con las cualidades genuinas de cada una de estas formas de gobierno». Y es que «ningún Estado puede vivir ordenadamente sino como verdadera Monarquía o verdadera República, porque todo régimen intermedio es defectuoso»<sup>149</sup>. Ahora bien, como indica N. BOBBIO, Maquiavelo distingue entre formas intermedias, que no logran un ensamblaje estable entre las diversas partes del Estado, y gobierno mixto, como la Roma republicana, que sí lo consiguió<sup>150</sup>.

Pero, a mi juicio, lo más notable para una investigación como la presente es la relación que Maquiavelo establece entre las formas políticas y la estructura (clasista o estamental) de la sociedad. Ya hemos anotado fugazmente la idea en un apartado anterior y lo reiteramos ahora: en la tarea de imprimir una forma política en la materia pasiva de la población, aquélla debe ser proporcionada a ésta y no diferir mucho de ella, «ya que formas semejantes no pueden subsistir en materias que están dispuestas como contrarias»<sup>151</sup>.

Maquiavelo toma la distinción dicotómica últimamente reseñada (Monarquía y República) y aborda el problema<sup>152</sup> hablando de ciertas repúblicas alemanas que han rechazado la existencia de gentileshombres y han mantenido una perfecta igualdad de los ciudadanos. Entiende Maquiavelo por gentilhomme aquel que vive de sus posesiones sin hacer nada y sin ejercer ninguna profesión u oficio. «Tales hombres —dice— son peligrosos en toda República y en todo Estado. Pero más peligrosos aún son los que, además de sus posesiones de tierras, tienen castillos donde mandan y súbditos que los obedecen.»

Sin embargo, a continuación, como era costumbre en él, Maquiavelo da un giro en su exposición. Afirma que muchos territorios italianos están llenos de estos hombres y que por eso no pudieron constituir una República, un Estado libre. Y concluye: «Sería imposible establecer en ellos una República. El único medio de hacer valer en ellos algún orden sería el introducir la Monarquía».

Maquiavelo pasa ya a formular el principio general:

«Quien quiera establecer una República en un país donde existen muchos gentileshombres no puede hacerlo sin someterlos a todos. Quien, por el

<sup>149</sup> *Discurso sobre la reforma del Estado de Florencia* (hecho a instancias del Papa León X; 1520).

<sup>150</sup> N. BOBBIO, *op. cit.*, págs. 66-68.

<sup>151</sup> *Discursos*, I, 18.

<sup>152</sup> *Ibidem*, I, 55.

contrario, quiera constituir una Monarquía o Principado en un país donde reina la igualdad, nunca lo conseguirá si no segrega de ese estado de igualdad a los hombres ambiciosos y turbulentos, los hace gentileshombres (no sólo de nombre sino de hecho) dándoles castillos, posesiones, riquezas y súbditos. Situado en medio de ellos... mantendrá su poder; ellos se servirán del príncipe para satisfacer su ambición... Establecer una República en un país propio de Principado, o viceversa, sólo puede ser obra de un hombre de talento y prestigio singulares. Muchos lo han intentado y pocos lograron su objetivo».

Y finaliza con un consejo práctico rotundo:

«Estableced, por consiguiente, una República allá donde exista la igualdad o se la haya introducido; o bien instituid un Principado allá donde exista una gran desigualdad; de otro modo, vuestra obra estará viciada y será efímera».

De igual manera se expresa en el *Discurso sobre las reformas del Estado de Florencia* escrito, al parecer, en 1520 a instancias del Papa León X.

De nuevo hemos de pasar por encima de titubeos y contradicciones para resaltar los apuntes expresivos de enfoques novedosos, a los que otros pensadores posteriores extrajeron todo su jugo científico.

En efecto, Maquiavelo, dejando a un lado sus apreciaciones (expresadas en un capítulo anterior del mismo libro I de los *Discursos*) acerca de que todo Estado está integrado por la nobleza y el pueblo, y que de su oposición nace la libertad, dice ahora que las repúblicas se basan en la igualdad y sólo ellas son Estados libres. Hemos de interpretar que se trata de apuntes fragmentarios y complementarios entre sí, si no queremos —no debemos— liquidar nuestra investigación por imposible.

Cuando Maquiavelo dice que la República debe instituirse en un país igualitario y la Monarquía donde reina la desigualdad no puede querer desmentir su otra afirmación de la división de toda sociedad en estratos sino sólo que la República se asienta mejor en la igualdad y debe tender a ella para estar bien constituida y ser duradera, mientras que sucede lo contrario con la Monarquía. Es decir, algo muy semejante a lo que dos siglos más tarde denominó Montesquieu **principios de los gobiernos**; esto es: sus fundamentos y fuerzas motoras. Sólo que Montesquieu, más consciente del hallazgo, lo explica cumplidamente advirtiendo que su teoría no quiere significar que todos los gobiernos se asienten siempre en sus principios sino que deberían hacerlo.

Ahora se entiende mejor otro apunte de Maquiavelo, que, de otro modo, se nos quedaría demasiado elemental e ingenuo: «Si se quiere que una religión o una República viva mucho tiempo es necesario volvería frecuentemente a su **principio**»<sup>153</sup>.

Las religiones, las repúblicas, los reinos, como todo, tienen un ciclo vital. La fuerza inicial se va corrompiendo con el tiempo. Para no perecer, deben volver a su principio a fin de recobrar su reputación y su vigor. Esta tarea puede ser obra de las leyes o del príncipe.

(Otra solución, políticamente más rentable sin duda pero cuya detenida exposición me desviaría del actual argumento, consiste en construir un sabio gobierno mixto, no intermedio, como logró Lucurgo en Esparta, malogró Solón en Atenas y la Roma republicana supo elevar a su máximo grado de perfección: cónsules, Senado y tribunos de la plebe compusieron un gobierno mixto en el que se ensamblaron magistralmente los poderes regio, nobiliario y popular<sup>154</sup>. De esta manera, como ha visto atinadamente N. BOBBIO, «el gobierno mixto ya no es solamente un mecanismo institucional, es el reflejo (¡la superestructura!) de una sociedad determinada: es la solución política de un problema —el del conflicto entre las partes antagónicas— que nace en la sociedad civil»<sup>155</sup>.

Volver al principio no puede significar la mera ensoñación de una historia reversible hacia los **principios/origenes** sino la tarea política de cambio para recobrar los **principios/fundamentos**, la forma vigorosa que permitió el nacimiento y crecimiento del Estado. Maquiavelo juega aquí con la palabra **principio** y su firme convicción (para él, evidencia) de la excelencia de lo antiguo frente a la mediocridad de su tiempo. Los principios/fundamentos de los Estados están siempre en sus principios/origenes; incumbe al príncipe saber hallarlos e infundirlos de nuevo en el orden estatal.

Sin duda Montesquieu tomó buena nota de estos pasajes, tanto de las correlaciones entre República e igualdad y Monarquía y desigualdad como del hallazgo teórico de los principios de los gobiernos y el necesario reflejo y equilibrio institucional de los poderes sociales. Exponer aquí su precedente maquiaveliano ha sido para mí uno de los aspectos más gratificantes de la realización de este trabajo.

---

<sup>153</sup> *Discursos*, I, 3.

<sup>154</sup> *Ibidem*.

<sup>155</sup> N. BOBBIO, *op. cit.*, pág. 79.